LA MEDICINA Y EL *VIAJE DE TURQUIA*

I. Introducción

Pedro de Urdemalas ejerce la medicina entre los turcos, primero al cuidado de sus compañeros cautivos y finalmente como médico de Sinán Bajá. La importancia y significación que los comentaristas del *Viaje* han atribuido a este hecho varía significativamente, pero en cualquier caso la cuestión ha estado ineludiblemente ligada al problema de la autoría de la obra. Los defensores de la tesis autobiográfica, con Shevill a la cabeza, desdeñan este aspecto de la obra, que consideran incidental y anecdótico, y niegan una seria vinculación del texto a un autor con conocimientos o intereses médicos. En su opinión la práctica médica de Urdemalas obedece a una necesidad meramente textual, siendo el motivo que el autor ha elegido para justificar el conocimiento que tiene el héroe de la vida palaciega en torno a Sinán Bajá. Quienes en cambio propugnan la candidatura de Andrés Laguna como autor de la obra, ponen de relieve ciertas concomitancias entre el *Viaje* y varios datos, hechos e ideas del médico segoviano.[1] Un he-

[1] Bataillon discute el problema oponiéndose a R. Schevill. Este dice: «The author (Pedro de Urdemalas) refers to 'inhábiles como yo que ni saben oficio ni tienen que comer' and nowhere makes himself out to be a genuine physician. He mentions no specific remedies of

cho resulta sin embargo indiscutible: Si hay que señalar un elemento original del *Viaje* entre todas las relaciones que en la época se escribieron sobre Turquía, éste sería a no dudarlo el interés de nuestra obra por describir el estado de la medicina en Turquía.[2] En efecto, las descripciones son abundantes y vienen siempre acompañadas de comentarios sustanciosos. Este hecho por sí sólo debe conducirnos a una reflexión sobre su causa y su propósito en el texto. Si el autor hubiera utiliza-

---

his profession in detail, unless it be such a well known as the laxative escamonea. Purgatives and bleeding are his universal cure» (Reseña a *Erasmo y España* de Marcel Bataillon, *Hispanic Review* 7 (1939), pp. 110-11). Bataillon niega esta tajante afirmación y señala los jarabes *gera-pliega logadion* y rosado como muestras de un conocimiento de tratamientos médicos poco común, y previene contra afirmaciones rotundas que sin un examen detallado de la obra soslayan la importancia de la medicina en la obra. Bataillon señala varias similaridades entre el texto del *Viaje* y la vida y obra del médico Andrés Laguna (*Le Docteur Andrés Laguna, auteur du «Voyage en Turquie»*, Paris: Editions Espagnoles, 1958, pp. 75-127). J. J. Kincaid rebate a Bataillon esgrimiendo la sátira médica del *Viaje* como argumento de peso para demostrar la condición no médica de su autor (*Cristóbal de Villalón*, Nueva York: Twaine, 1973, p. 76). Como veremos, sin embargo, los médicos han sido constantemente los mayores denostadores de sus malos colegas. Kincaid insiste ne la tesis de Schevill —también defendida por William Markrich, «The *Viaje de Turquía:* A Study of Its Sources, Authorship and Historical Background», Diss. Univ. of California, Berkeley, 1955— al sostener que el autor del *Viaje* no muestra en ningún momento de la obra un conocimiento sustancial de cuestiones médicas (Ibid, pp. 65, 75). Fernando García Salinero, último editor del *Viaje* (Madrid, Cátedra, 1980), advierte ciertas instancias de la obra que muestran un conocimiento de la práctica médica no al alcance de cualquier aficionado (cf. pp. 189n, 229n). Salinero explica este conocimiento en un caballero de la Orden de Malta (su candidato a la autoría de la obra) por su experiencia como probable encomendado de un hospital.

Todas nuestras citas del texto se harán por la edición de Salinero, señalando la página correspondiente entre paréntesis.

[2] «Nul auteur, même les plus documentés, ne dépeint avec autant de précisions l'état de la médicine au Constantinople, la science ou mieux l'ignorance des docteurs qui y exercent» (Albert Mas, *Les Turcs dans la littérature espagnole du Siécle d'Or*, Paris, Institut d'études Hispaniques, 1967, I, 135).

do el oficio de médico como un simple recurso narrativo, cabría preguntarse qué sentido y función tienen las constantes y a veces prolijas referencias de la obra a cuestiones médicas. El hecho de que éstas existan merece una consideración crítica. Cuanto se ha escrito hasta la fecha sobre esta cuestión ha venido siempre asociado al enojoso problema de la autoría. El objetivo de nuestro trabajo es intentar un estudio detallado del papel de la medicina en el *Viaje* evitando en todo momento conducir la disposición del texto a proponer o rechazar la paternidad de un autor concreto,. ya que ello conllevaría necesariamente un interés prejuiciado, más atento al hallazgo de alusiones y referencias bibliográficas más o menos explícitas que al contenido global de la obra. Nuestro propósito es demostrar que a lo largo de las páginas del *Viaje* el autor despliega un notable conocimiento de la teoría y la práctica de la medicina, ante las cuales adopta planteamientos concretos que denotan una estrecha vinculación con el ejercicio profesional de ella. Este trabajo se limitará, pues, a ordenar sistemáticamente las ideas y los hechos relacionados con la medicina que aparecen en la obra, y finalmente valorar su relevancia en el contexto histórico-cultural en que fueron escritas.

II. La medicina de Pedro de Urdemalas

Urdemalas es plenamente consciente del origen y carácter de su ciencia médica. Las polémicas que mantiene con los protomédicos judíos de Sinán Bajá se basan en una manera de entender la teoría y la práctica de la medicina diferente a la de éstos, según declara explícitamente. Urdemalas argumenta con ellos que la medicina que él sabe es de Hipócrates, Galeno, Aecio y Paulo Egineta; la de sus colegas y rivales, en cambio, de Avicena y Averroes (p. 210). Urdemalas intenta resaltar con ello una diferenciación profunda entre ellas, como si una y otra respondieran a planteamientos en esencia distintos de entender la medicina. El significado de esta oposición y su eventual trascendencia en el texto sólo pueden entenderse en un contexto

histórico que, aunque brevemente, conviene recordar aquí con algún detenimiento.

Hipócrates, «padre de la medicina», fue el gran sistematizador de la medicina griega.[3] Su teoría médica se basa en dos conceptos: en primer lugar, la *physis,* una concepción racional de la naturaleza. El médico, como el filósofo, tras observar cuidadosamente los fenómenos de la naturaleza, debe poder explicar su funcionamiento, entendiendo que éste es coherente y se atiene a leyes y principios necesarios. La *physis* hipocrática consta de los cuatro elementos —tierra, agua, aire y fuego— que no son estáticos, sino que se mueven en contínua interacción. En segundo lugar, ese conocimiento racional proporciona al médico una *tekhne* o arte para saber curar las enfermedades. Estas son perturbaciones de la complexión natural del cuerpo, que en estado de salud guarda una proporción armónica entre los cuatro humores que lo forman. Las enfermedades, causadas por una variedad de procesos, tienden a ser corregidas por la naturaleza misma. Esta bondad natural de la *physis,* su *vis medicatrix,* es el elemento central de la medicina hipocrática. La naturaleza es entonces el verdadero médico, pues promueve siempre la restauración de un orden circunstancialmente alterado. El papel del médico es ayudar con su *tekhne* en ese proceso de restauración y en todo momento en la conservación de la salud. Recibe por ello el nombre de «minister naturae». En palabras de Urdemalas: «el médico es coadjutor de natura y si él se descuida viene la

---

[3] No todas las obras del *Corpus hippocraticum* fueron escritas enteramente por Hipócrates, pero sí las más importantes. Para una discusión del problema, cf. el prólogo de E. Littré a su edición de Hipócrates (*Oeuvres complètes,* Paris, 1839, I, 44-65).

Lo que sigue está extraído de Pedro Laín Entralgo, *Historia de la medicina* (Barcelona, Salvat, 1978), pp. 55-58; Arturo Castiglioni, *A History of Medicine,* trad. E. B. Krumbhaar (Nueva York: Knopf, 1941), pp. 117 ss.

naturaleza, dále un sudor, o unas cámaras o sangre de narizes, que le hace dar una higa al médico». (p. 189) [4]

El *Corpus hippocraticum* fue después asimilado y enriquecido por Galeno (S. II), autor de una vasta obra médica en la que añadió a la patología general otra de carácter más específico y local, y desarrolló la fisiología humoral en un sistema complejo donde cada acto o elemento sirve como medio a un fin general. Galeno dio forma definitiva a la medicina griega, de la cual él es su último representante creativo. Los otros dos médicos citados por Urdemalas como sus maestros, Aecio de Amida y Pablo de Egina, correspondientes a la época alejandrina de Bizancio, no son sino meros recopiladores del saber de Hipócrates y Galeno, y más concretamente de este último.[5]

La medicina árabe fue básicamente una continuación del legado hipocrático y galénico, que revive en el Islam cuando en Occidente había sido prácticamente olvidado. Los principios básicos de anatomía, fisiología y terapéutica siguieron siendo los mismos. Sin embargo existe una diferencia significativa entre la filosofía médica griega y la árabe, que tiene su base en una visión diferente del universo en las dos culturas.

---

[4] Estas palabras de Urdemalas no deben interpretarse erróneamente como una minusvaloración de la capacidad del médico para salvar vidas, según se verá más adelante cuando tratemos la relación entre medicina y cirugía.

[5] Aecio de Amida (s. VI) fue recopilador del saber médico grecolatino, principalmente Galeno, Oribasio, Arquígenes, Areteo y Sorano. Ejerció la medicina en Constantinopla y escribió una sola obra: el Tetrabiblion. Pablo de Egina (s. VII) fue médico en Alejandría y recopiló la obra de Galeno ordenándola sistemáticamente. Su famosa obra, el *Memorandum*, compendió el saber médico de la antigüedad. Aecio fue prácticamente olvidado por los árabes. No así Egina, citado ya en el *Continente* de Razes (Lucien Leclerc, *Histoire de la médecine arabe*, Paris, 1876; reimp. Nueva York: Franklin, 1961, I, 342) y en el famoso *Maleky* de Alí Ben el Abbas (s. X) que lo critica y alaba a un tiempo (Ibid., I, 384). Vives lo cita como uno de los maestros de la medicina antigua (*De causis, V. Opera Omnia*, Valencia: 1785, VI, 201). Aecio y Egina son citados como autores importantes por Zacuto Lusitano (*De medicorum principium historia libri sex*, Amsterdan, 1629, p. 76).

La relación Dios Creador-mundo creado se establece en el Islam con el concepto de un Dios omnipotente que mueve el mundo directamente a su voluntad. Urdemalas es consciente de esa mentalidad islámica providencialista:

> que sepáis la condición de los turcos ser muy diferente de la de los christianos, en que jamás echan la culpa de la muerte al médico, sino que cada uno tiene en la frente escrito lo que ha de ser dél, y que es cumplida la hora (p. 148).

El médico árabe conoce pues una *tekhne* más precaria que la del griego, ya que entre Dios y el hombre no media una *physis* sujeta a leyes naturales, sino un teatro de las decisiones de Alá que el hombre acata sumisamente.[6] Incluso a la temida pestilencia parecen no procurar remedio, comenta Urdemalas, asombrado de que «los turcos no se guardan, diciendo que si de Dios está, no hay que huir» (p. 193). No es ésta una condición exclusiva de la masa ignorante. Del ilustre Avenzoar (1132-1162), cumbre de la medicina hispanoárabe, se dice que tras sufrir un grave achaque, desdeñó los auxilios de su hijo, también médico, con estas palabras: «Si Dios ha decidido que yo cambie de habitación, mis esfuerzos no harán sino servir el cumplimiento de su voluntad».[7] Por cierto que Urdemalas

---

[6] Un intento serio de armonizar la ciencia grecolatina con las creencias religiosas del Islam se dio en el siglo X con la discutida enciclopedia anónima de los Hermanos de la pureza. Pero el encuentro ideal de razón y fe estaba condenado al fracaso desde su origen. «La doctrine des Frères de la pureté, malgré un système habile d'interprétation, était la negation du Coran. On le comprit bien ainsi de part et d'autre» (Leclerc, I, 398).

[7] Leclerc, II, 88. Una escena similar se produjo a la muerte de Avicena. Su biógrafo Djordjani refiere que presintiendo su hora, rehusó los cuidados médicos diciendo: «El director de mi salud se ha retirado de mí, y todo tratamiento se torna inútil». Tras de lo cual murió en 1036 (Leclerc, I, 469). Esta actitud contrasta significativamente con la de Occidente, donde la peste fue sin duda un factor importante en el desarrollo de actitudes individualistas. Cf. F. H. Garrison, *An Introduction to the History of Medicine* (Filadelfia y Londres, Saunders, 1914), p. 127; Johan Huizinga, *The Waning of the Middle Ages* (Nueva York, Anchor, 1954), pp. 138-51.

da una vez más prueba de su astucia característica al recordar a Sinán Bajá esta creencia poco antes de que se disponga a atenderle por primera vez. Con ello consigue a un tiempo halagar los oídos de su amo y de paso prevenirse contra un posible fracaso de su terapéutica.

> y [Sinán Bajá] díxome si me bastaba el ánimo de sanarle: Yo le respondí que no, porque Dios era el que le había de sanar y otro no; pero que en lo que en mí fuese estubiese cierto que no faltaría (p. 169).

La oposición de Urdemalas a la medicina árabe se concreta en dos de sus representantes: Avicena y Averroes, elección que no habrá que considerar arbitraria habida cuenta de su posición intelectual. Ambos representaban en su máximo grado una tendencia general de los médicos islámicos: su enciclopedismo. La medicina es frecuentemente uno de tantos temas sobre los que escriben los autores. A este respecto es evidente que Avicena (980-1037) se lleva la palma. En sus más de cien obras trata cuestiones de filosofía, metafísica, lógica, física, matemáticas, astronomía, música, alquimia, teología, y un largo etcétera. Pero Averroes (1126-98) no le va la zaga. Este, al igual que Maimónides, debe su fama a su vasta obra filosófica y teológica más que a sus tratados propiamente médicos. En lo que se refiere a éstos, tanto Avicena como Averroes tienden con frecuencia a un rigor excesivo en las cuestiones de método y teoría en parte debido a su interés en la metafísica. Este factor ya fue denunciado en el caso del *Canon* avicenense por algunos médicos árabes que, como Urdemalas, se preocupaban más de la práctica médica que de las sutilezas teóricas.[8] La oposición a Averroes, explicitada en otro pasaje

[8] Así Abul Ola Zohr ben Zohr (s. XII), padre de Avenzoar, quien despreciaba en tal grado ese exceso metódico-teórico que se deshizo de su ejemplar del *Canon* arrancándole una por una todas sus páginas para escribir sobre ellas recetas médicas para sus pacientes (Leclerc, II, 94). En cuanto a Averroes, su principal obra médica, el *Colliget,* es obra enciclopédica que trata más de discusiones en torno a la teoría galénica que de observaciones y prácticas médicas (A. Castiglioni, p. 277).

del texto, viene además asociada al fervor casi supersticioso por la metafísica aristotélica, que la tradición posterior le reconoció apodándole su «Echcharich» o «Commentator». La animadversión de Urdemalas va dirigida conjuntamente a Averroes y a los Escolásticos en su condición de practicantes de ese mismo culto a la autoridad del Filósofo.

> ¿No está claro que [Santo Tomas y Duns Scoto] siguieron al comentador Aberroes y otros bárbaros que no alcanzaron Philosofía, antes ensuçiaron todo el camino por donde la iban los otros a buscar?[9] (p. 323).

Pero si grande fue el dominio que sobre la filosofía ejercieron Aristóteles y su Comentador en el Medioevo europeo, tuvo un rival comparable en el imperio que sobre la medicina ejerció Avicena. Su autoridad en ese campo se extendió, como recuerda Brucker, durante más de cinco siglos: «Usque ad renatas litteras non inter arabes modo, verum etiam christianos, dominatus est Avicenna tantum non solus».[10]

Urdemalas confiesa pues su oposición a la medicina árabe encarnada en sus dos representantes más típicamente enciclopédicos, teóricos y dogmáticos de mayor influencia en la Europa bajomedieval. Es significativo que el autor del *Viaje* cite a esos y no a otros como Rhazes (865-965) o Avenzoar, representantes de una corriente empírica, antidogmática y emi-

---

[9] En el mismo sentido se incribe la censura de Vives «Irruit in Aberroem» (*De causis,* Lib. V, cap. III), terrible invectiva contra Averroes —y asimismo un ataque frontal a la metafísica de Avicena— en que se declara principal error de los escolásticos el haber dependido de Averroes para estudiar el pensamiento de Aristóteles. Los árabes, critica Vives, conocían muy mal el griego y el latín, y esa ineptitud lingüística les impedía entender los textos grecolatinos correctamente, lo que fue raíz de sus errores teóricos: «Libri magnorum auctorum... versi primum imperite, deinde confusissime et obscurissime, (ut nec intelligi potuissent)... unde multi errores extiterunt, Avicena, Rasis, et aliorum arabum», (*De causis,* Lib. V. cap. «De medicina». *Opera omnia,* VI, 199).

[10] Cit. por Leclerc, I, p. 476.

nentemente práctica, mucho más cercana por tanto a los presupuestos de Urdemalas.[11]

El rechazo de la medicina árabe en favor de la hipocrática es en definitiva un rasgo característico del Renacimiento. Los médicos humanistas, embelesados con su reciente descubrimiento de los textos de la antigüedad clásica, desdeñan su inmediato pasado medieval, al que creen período de tinieblas, se entregan con entusiasmo a la empresa de revivir para la medicina una nueva edad dorada. Así lo veía el malogrado Miguel Serveto, quien escribía:

> Renace, pues, el arte de la medicina, en nuestro siglo feliz, para ilustrarse, deformado como se hallaba; para restituirse a su primitivo esplendor... Para rescatarlo de las falanges de los árabes, vuelto ya de su cautividad, procedente de la fortaleza ocupada, y para expurgar aquello que había sido manchado con las sordideces corruptas de los bárbaros.[12]

Ese sentimiento corría por la Europa renacentista. El joven François Rabelais, recién titulado en medicina por Montpellier, pedía ya un cambio decisivo en la orientación de esa escuela prefiriendo el estudio de los griegos sobre los árabes.[13] A me-

---

11 Los árabes adaptaron las teorías de Galeno a su concepción cultural. «Soon at their hands Galen's theories became dogmas; his beliefs took on the forms of axioms as irrefutable as the basic axioms of geometry», Howard Haggar, *Mystery, Magic, and Medicine: The Rise of Medicine from Superstition to Science* (Nueva York, 1933), p. 41. Muchos consideran a Avenzoar como el mayor de los médicos árabes. Su obra trata exclusivamente de la práctica médica, y «descubre una clara orientación empírica que contrasta con el firme dogmatismo profesado por la casi totalidad de los médicos árabes». L. Granjel, *Hist. de la med. esp.* cit., p. 23. «Nul autre n'apporte aussi fréquemment à l'appui de ses préceptes le résultat de l'expérience» (Leclerc, I, 91).

12 *Razón universal de los jarabes*, ed. José Goyanes Capdevila (Madrid: Cosano, 1943), pp. 309-10.

13 Cit. por Osvaldo Loudet, *Humanismo y Medicina* (Buenos Aires, Nova, 1961), p. 81. Ya Arnau de Vilanova, aunque respetuoso con los autores árabes en general, había criticado abiertamente a Avicena, quien «in medicina maiorem partem medicorum latinorum infatuat» (cit. por E. García del Real en el prólogo a su edición de *Parábolas*

diados del siglo XVI, fecha de redacción del *Viaje*, el largo proceso de recuperación directa del saber médico grecorromano, iniciado en el siglo XI con las traducciones de Constantino el Africano, había llegado a su madurez.[14] El fervor de ciertas declaraciones no debe sin embargo llamarnos a engaño. Por mucho que pretendieran Serveto, Rabelais y tantos otros, incluido Urdemalas, desligarse de la medicina árabe, su énfasis en el conocimiento y terapéutica de la enfermedad sobre el saber anatómico y fisiológico es herencia directa de la orientación que en este sentido desarrolló desde un principio la medicina del Islam.[15] Pero también es cierto que si el siglo XI presenció el arranque definitivo de la medicina científica cristianoeuropea, en esa centuria se inició asimismo el irreversible proceso de decadencia de la medicina árabe. En el siglo XIV ésta era, tras las Cruzadas cristianas y las invasiones devastadoras de Genghis Kan y Tamerlán, apenas una sombra desdibujada de su glorioso pasado, panorama que se hace aún más sombrío en los dos siglos siguientes. La medicina árabe a la que se opone Urdemalas no es tanto pues la de sus ilustres autores como la de unos epígonos que la practican en sus formas más degeneradas. El cuadro desolador que nos ofrece el *Viaje* de la práctica médica en Turquía se ajusta

---

de meditación de Vilanova, Madrid, Cosano, 1936, I, 292). En el siglo XV Chirino, Alfonso Gómez, Jerónimo Ledesma y otros mostraron la misma oposición a la medicina árabe. La bibliografía sobre Hipócrates en el siglo XVI es abrumadora. Morejón recoge cerca de cincuenta comentarios parciales o generales a la obra hipocrática publicados en ese tiempo (cf. II, 138-51, especialmente 143 y 145-7).

[14] A. G. Debus, *Man and Nature in the Renaissance* (Cambridge, Univ.), pp. 5-6. Leclerc, I, 462. Vives siempre tan ecuánime, no dejó de reconocer la importancia de los médicos árabes, e incluso recomendaba a los estudiantes de medicina la obra de algunos de ellos, si bien en un discreto tercer nivel de prioridad, tras los comentadores helenísticos y romanos como Egina, Largo Escribaniano, Celso, Sereno, etc. y a gran distancia de los dos grandes, Hipócrates («fontem et parentem omnium») y Galeno («interpreter eius») (*De causis*, V).

[15] A. Debus, p. 57.

efectivamente al testimonio personal que Derschwam anotó en su diario:

> Sus *Doctores medicinae*, médicos y cirujanos, no pueden ser sabios, pues ni saben latín ni griego y no son tan filósofos como yo. No saben más que hebreo y árabe. Lo han robado todo a Galeno, con algunas recetas heredadas de sus padres o transmitidas por boticarios provenientes de Italia, de cuando allí eran mozos de botica. No hay en Turquía otros médicos más ilustrados.[16]

Este cuadro hacía perfectamente verosímil la presencia de un cautivo cristiano como médico de Sinán Bajá. En efecto, el ejercicio de la medicina por profesionales cristianoeuropeos entre los príncipes islámicos era ya tradicional desde que los Abásidas la hicieran práctica habitual. La costumbre se intensificó paralelamente al declive de la medicina árabe.[17]

El escenario histórico de Turquía se prestaba pues como blanco perfecto para una crítica a la degenerada medicina árabe al par que una reivindicación de la renaciente medicina neohipocrática. Pero erraríamos al pensar que el autor se limita a criticar el lamentable estado de la medicina en Turquía, porque su atención en ningún momento se separa de España. La situación en ésta, aunque relativamente mejor que en Turquía, no es por ello menos preocupante. Urdemalas comenta: «veo la medicina ir tan cuesta abaxo en España, por nuestros pecados, que [practicándola] antes se pierda honrra que se gane» (p. 369). Aunque ya en el siglo XV no eran pocos los médicos cristianos afiliados al hipocratismo, lo cierto es que en el siglo XVI la medicina hispanoárabe continuaba de hecho siendo practicada mayoritariamente en forma cada vez más decadente. Un hecho muy significativo para el *Viaje* es que un elevado número de sus practicantes en España eran judíos.[18]

---

[16] Cit. por M. Bataillon, *Laguna, auteur*, p. 126. La traducción es mía.

[17] La gran mayoría de los médicos iraquíes del siglo XIII de quienes tenemos noticia eran cristianos conversos al Islam (Leclerc, I, 485 y II, 140).

[18] P. Laín Entralgo, *Historia de la medicina*, p. 237.

Porque los médicos de Sinán Bajá, con el protomédico Amón Ugli a la cabeza, resultan ser judíos expulsados de España, país en donde aprendieron el arte de la medicina. De este modo, cuando Urdemalas critica sus prácticas, éstas se extienden indirectamente a las de sus hermanos de raza conversos que las continúan en España.

Pero el autor aprovecha además ingeniosamente las posibilidades de la técnica dialogada, explicitando esas referencias mediante el comentario de Mata. Así, cuando Urdemalas habla de los malos médicos de Turquía, Mata ofrece en seguida el paralelo español:

> exemplos son que cada día veréis acá, que andan unos mediconaços viejos con las chinelas y bonetes de damasco y mangas de terçiopelo raso pegadas al sayo, tomando morçillas y todo si les dan, en unos caballazos de a tres varas el pescueço, y tienen sumidos los buenos letrados y metidos en los rincones, con ir a bisitar sin que los llamen, diçiendo que por amigo le visitan aquella vez; y quando saben que el doctor tal le cura, luego con una sonrisa falsa dize que, aunque es moço será bonico si bibe; y comiença luego a dar tras los manzebos diziendo que son médicos del templeçillo y amigos de sectas nuebas (p. 211).

La alusión es inequívoca. Las sectas nuevas de que habla Mata no son otra cosa que los jóvenes médicos partidarios del hipocratismo, en conflicto con los médicos tradicionales que los acusan de inexperiencia y gusto por las novedades. De ello trataremos más adelante.

El mismo procedimiento de usar el comentario de Mata nos hace sabedores del bajísimo nivel científico que poseen muchos de los herbolarios que circulan por España:

> Quanto más que él haría como los herbolarios de por acá, que en no conosçiendo la gerba luego le dan para quien no los entiende un nombre francés: la gerba de Nôtro Senora y la yerba de Sant Juan y de Santhaque, y si entiende francés dize que el griego la llama *alchorchis* y el bocablo latino no se le acuerda (p. 177).

Turquía sirve pues como campo de referencia a la situación española. Pero hay un elemento más de la obra que relaciona a ésta con la crítica médica en España, y ello es que Mata y Votoadiós viven del negocio de la construcción de hospitales para peregrinos y pobres. Esto posibilita una crítica pormenorizada de estas instituciones en España y otros países de la cristiandad.[19] Urdemalas se escandaliza del lujo inútil con que se construyen, destinando los fondos a una arquitectura vistosa que nada conforta a sus usuarios:

> Gentil refrigerio es para el pobre que viene de camino, con la nieve hasta la cinta, perdidos los miembros de frío, y el otro que se viene a curar donde le regalen, hallar una salaza desgrimir y otra de juego de pelota, las paredes de mármol, y jaspe, que es caliente como el diablo, y un lugar muy sumptuoso donde puede hazer la cama, si trae ropa, con su letrero dorado enzima, como quien dize: «Aquí se vende tinta fina»; y que repartidos entre cinquenta dos panes, se vayan acostar, sin otra cena, sobre un poco de paja bien molida que está en las camas, y a la mañana luego si está sano le hazen una señal en el palo que trae, de como ya cenó allí aquella noche; y para los enfermos tienen un asnillo en que los llevan a otro espital para descartarse dél (p. 114).

A ello se añade el hurto descarado de sus administradores que, como Mata y Votoadiós, se proveen a sí mismos espléndidamente de todo tipo de manjares a costa del presupuesto general.[20] Todo lo cual redunda finalmente en perjuicio de quie-

---

[19] Los árabes fueron grandes fundadores de hospitales. El gran hospital de Djondjisabar en Irak se hallaba en pleno funcionamiento ya en el siglo VIII, y su director, Jorge de Gabriel, era también el maestro principal de la escuela médica aneja al hospital. No pocos médicos famosos fueron asimismo directores de hospitales, como Razes del de Bagdad y Abul Medjed del de Damasco (Leclerc, I, 558-72 y II, 7). Sobre los hospitales españoles de la época, cf. R. Muñoz Garrido y C. Muñiz Fernández, *Fuentes legales de la medicina española* (Salamanca, Univ. de Salamanca, 1969), pp. 107-174.

[20] De todos los ospitales lo mejor es la intención del que le fundó, si fue con sólo zelo de hazer limosna: y eso sólo queda, porque las raciones que mandó dar se ciernen

nes se acogen al amparo de los hospitales, que se ven sometidos a un continuo maltrato por parte de aquellos que supuestamente han de cuidar de ellos. La crítica del lujo y la corrupción en las instituciones benéficas y eclesiásticas es un fenómeno común entre los humanistas seguidores de Erasmo.[21] En el *Viaje* se añade a ello la crítica a la asistencia médica, y así Urdemalas denuncia por ejemplo el comportamiento ruin de un médico genovés que provoca desgracias irreparables:

> El médico, otro día que purgaba al enfermo, le despedía diçiendo que ya no había a qué estar; y como los pobres entonces tenían más necesidad de refrigerio y les faltaba, tornaban a recaer, de lo qual morían muchos. (p. 116)

La insistencia y seriedad con que Urdemalas discute asuntos de medicina es reconocida en el texto mismo, que pone sobreaviso al lector de ello. Cuando Mata y Votoadiós se reti-

---

> desta manera: la mitad se toma el patrón, y lo que queda, parte toma el mayordomo, parte el escribano; al cozinero se le pega un poco, al enfermero otro; el enfermo come sólo el nombre de que le dieron gallina y oro molido si fuese menester. De modo que ciento que estén en una sala comen con dos pollos y un pedazo de carnero; pues al veber cada día hay necesidad de hazer el milagro de architriclinos, porque como cuando hazen el agua vendita, ansí a un cangilón de agua echan dos copas de vino. (p. 115)

Así Mata y Votoadiós, que obsequian a Urdemalas con un festín de perdiz, adobado, conejo, cabeza de puerco, cardos, rábanos y abundante vino tinto y blanco, todo ello a cuenta del hospital de Votoadiós (p. 118)

[21] Erasmo critica la opulencia de los monasterios de Canterbury en el coloquio *Peregrinatio religionis ergo* por vía de la admiración de Ogygius:

> «Hinc spectauimus altaris tabulam et ornamenta, mox quae sub altari fuerant recondita, opulenta omnia: diceres Midam et Croesum fuisse mendicos, si spectares vim auri atque argenti... Post haec ducimur in sacrarium. Deus bone, quae illic pompa vestium holosericarum, que vis candelabrorum aureorum!».

(*Colloquia. Opera omnia*, ed. L. E. Halkin et al., Amsterdam, North Hilland, 1972, I-III, 488).

ran a descansar tras la primera jornada, comentan en solitario el aval de conocimientos útiles que su amigo Pedro de Urdemalas les puede proporcionar gracias a sus viajes y experiencias. Entre todos ellos, Mata destaca específicamente los conocimientos médicos: «Y habrá también visto muchas cosas de mediçinas que por acá no las alcançan, y çertificádose de ellas» (p. 379). Estas palabras de Mata transcriben la conciencia con que el autor aborda esta cuestión. Lejos de ser la medicina un elemento anecdótico en nuestra obra, el autor busca incluso presentar la información del texto —la humildad ciertamente no es su fuerte— como novedosa en la materia. Esas aspiraciones no encierran una visión teórica nueva. En realidad el autor ni siquiera se detiene a discutir la validez general de la medicina hipocrático-galénica, que para esas fechas ya había sido cuestionada globalmente por Paracelso (1493-1541). Su objetivo es más bien mostrar la validez y utilidad de esa medicina y discutir cuestiones específicas de la práctica médica a varios niveles: profesional, legal, social, etc. Veamos en qué modo.

III. Sátira y tratado de medicina

Urdemalas llega a ser como sabemos médico de Sinán Bajá, y una parte considerable del *Viaje* está dedicada a las enfermedades de la sultana y del pachá. Durante ese tiempo se producen las inacabables disputas entre Urdemalas y los otros médicos del pachá sobre el tratamiento que ha de seguirse para la curación de los enfermos. La crítica ha concedido casi unánimemente un valor marginal a estos altercados, de los que en todo caso se resalta más el aspecto humorístico que caracteriza a algunas de sus situaciones.[22] No obstante, un

[22] Incluso Bataillon, partidario de un autor experto en cuestiones médicas, no encuentra sin embargo en estas disputas gran apoyo para su tesis: «Certes, ses altercations avec les médecins juifs du pacha sont pour la plupart des pures galéjades» (*Laguna, auteur*, p. 84).

análisis detenido de esos episodios deja entrever una intención por cierto bien seria en la que los rasgos humorísticos tienen también su función. Lo cierto es que Urdemalas reclama para sí la curación de los dos príncipes, al mismo tiempo que pone en manos de los otros médicos palaciegos la responsabilidad de la muerte de Sinán Bajá. En nuestro análisis intentaremos mostrar que ello obedece a una doble intención acorde con el pensamiento médico del autor: de un lado satirizar mordazmente la práctica de médicos ignorantes, y elogiar de otro lado la actuación propia, que se presenta como razonada, coherente y efectiva en sus resultados.

La caracterización de los médicos turcos viene ya dada desde el comienzo con rasgos definitivos que coinciden con la opinión ya citada de Derschwam. Su presencia es fácilmente reconocible, dice Urdemalas, por «la barreta colorada, alta, como un pan de azúcar» que acostumbran a llevar como parte distintiva de su atuendo. Su aspecto ridículo y engolado no es sino manto ofuscador de su falta de conocimiento acerca de la cosa médica:

> JUAN. —¿Son letrados?
> PEDRO. —Muy pocos hay que lo sean, y esos han ido de acá; pero allá no hay estudios, sino unos con otros se andan enseñando, y quasi va por herencia, que el padre dexa la barreta y un libro que dize en romançe: para curar tal enfermedad, tal y tal remedio; sin poner la causa de donde puede venir; algunos hay que saben arábigo y leen Abizena, pero tampoco entienden mucho. Turcos y griegos no saben letras, sino los médicos que hay todos son echizeros y supersticiosos. (p. 170-1)

Se establecen pues dos categorías. Una, la de los médicos y hechiceros y supersticiosos, que merecerá comentario aparte; y otra, la de los médicos del pachá, que según hemos dicho son en su mayoría judíos provenientes de España que alcanzan algunos conocimientos de medicina árabe. La acusación de ignorancia que Urdemalas pone sobre ellos tiene enorme trascendencia. Porque si la medicina hipocrática basa su competencia en un conocimiento causal de la naturaleza, que per-

mite al médico conocer la esencia de la enfermedad para poder así actuar sobre ella, su efectividad se ve anulada si el médico desconoce los principios naturales. Conocimiento y tratamiento son dos realidades inseparables. Los médicos del bajá, dice Urdemalas, no pueden curar la peste porque «ni ellos la curan ni la entienden» (p. 193). La degeneración de la práctica médica ha convertido a muchos de sus profesionales en meros lectores de recetarios que aplican mecánicamente, sin conocer las causas de la enfermedad, ni por consiguiente su esencia. Desde los primeros encuentros, puede así Urdemalas establecer la superioridad de sus conocimientos, al lograr identificar la enfermedad que aqueja a Sinán Bajá:

> más yo reniego del médico que ha d'estudiar cada cosa quando es menester, que mucho mejor sería tomarlo en la cabeza y traerlo dentro; que yo tenía entendido que él no lo sabía, pues nunca le había dado remedio, y porque no se cansase supiese que era asma y la definición era aquélla y se había de curar de tal y tal manera; y comenzé de dezirlo en latín y declarárselo en romance (pp. 171-2).

Para satirizar esa ignorancia, el autor se despacha a gusto, ridiculizando en extremo el comportamiento de los médicos judíos. Esto culmina en la escena en que creyendo muerto al bajá y temiendo sin duda ser acusados como responsables de ello, emprenden todos la huida precipitada de palacio. Solamente permanece Urdemalas, quien reconforta a Sinán Bajá con palabras llenas de ironía: «Vuestra Excelencia no tema, que la mejor señal que hay para que no se morirá es de que los judíos van todos huyendo y le dexan por muerto, sin saber la causa del azidente» (p. 214). Hipócrates definía el médico ideal como aquél que sabe «conocer de antemano», y que por tanto es capaz de averiguar el pasado, el presente y el futuro de las enfermedades.[23] Para establecer el diagnóstico el método hipocrático requería una exploración clínica atendiendo principalmente a dos recursos: la uroscopia y el examen del

[23] *El pronóstico*, I. *Oeuvres completes*, II, 110.

pulso.[24] Algo tan fundamental, que sin embargo es práctica casi desconocida en Turquía. Ya en sus primeras experiencias como médico de galeras Urdemalas refiere que al tomar el pulso a un enfermo en una ocasión, «Los turcos que dormían en mi ballestera no dexaron de notar y maravillarse, que nunca habían en su tierra visto tomar pulso, que por tentar en la muñeca dixese lo que estaba dentro» (p. 148).[25] Las cosas no están mejor en palacio. Así cuando Rustán Bajá requiere los servicios de Urdemalas para curar a su esposa la sultana, pretende obtener de él un diagnóstico tras comunicarle apenas unos síntomas —«una mujer que tenía tal y tal indisposición» (p. 195)—, a lo que Urdemalas como buen médico se niega, exigiendo una visita con exploración clínica como condición indispensable para establecer un diagnóstico:

> yo negué poderse por ninguna vía hazerse cosa buena, sin vista, por la información... porque de otra manera ningun beneficio podría reçibir de mí, porque el pulso y la orina eran las guías del médico (p. 195).

El éxito corona la ortodoxia de su práctica. La entrevista se lleva a cabo y mediante el análisis de pulso y orina y la información dada por la sultana: «dexóme interrogar quanto quise y fue necesario para saber el origen de la enfermedad» (p. 197). Urdemalas logra identificar el mal padecido por la enferma y puede así actuar sobre él. El proceso se repite luego en las tres enfermedades que sufre sucesivamente Sinán Bajá, para las cuales Urdemalas establece siempre sendos diagnósticos certeros.

---

[24] P. Laín Entralgo, *Historia de la medicina*, p. 229. La práctica fue indiscutida hasta que fue cuestionada por Paracelso. Cf. Garrison, p. 141.

[25] La bibliografía árabe sobre el pulso es sin embargo abundante, según documenta Leclerc. Avicena escribió un tratado *Sobre el pulso*, si bien escrito en persa y nunca traducido al latín (I, 474); el egipcio Aliben Roduan (s. XI) es autor de una *Respuesta a varias cuestiones acerca del pulso* (I, p. 530), y en el hospital de Damasco se practicaba asiduamente (I, 568).

Las disputas entre Urdemalas y los médicos judíos llegan naturalmente a su punto culminante en los diferentes modos terapéuticos propuestos por ambos bandos. El hipocrático Urdemalas cree en el valor de las medicinas simples. Estas, juntamente con la dieta, consisten sobretodo en hierbas medicinales, de ahí la enorme importancia del conocimiento herborista en la actividad médica. Urdemalas tiene ocasión de probar su superioridad también en este campo, lo que viene acompañado de la correspondiente humillación de sus colegas rivales. Es así como en la escena de Nicomedia Urdemalas herborizaba libro en mano, actividad que el bajá «nunca había visto ni allí se usa» (p. 177). En la segunda enfermedad de Sinán Bajá tenemos ocasión de corroborarlo. Cuando los médicos judíos tienen necesidad de varias hierbas, se las hacen traer de los sitios más lejanos y dispares. Urdemalas les pregunta si no sería acaso más efectivo adquirir esas hierbas frescas, a lo que ellos asienten, objetando sin embargo que tal cosa no es posible porque las dichas hierbas crecen solamente en lugares remotos. Urdemalas se encarga de desmentirlos: azadón en mano se dirige a una colina cercana

> que estaba del jardín un tiro de vallesta pequeña, donde ya algunas vezes quando curaba a la soltana había ido por todas las yerbas y raízes que había menester, y donde sabía claramente que estaban todas, y comienzo de arrancarlas con sus raízes y todo, y tomo un gran haz dellas y otras que ellos no había traído, y entro cargado con mi azadón y todo en la cámara del Baxá, donde estaba toda la congregación, y arrojé junto a mi amo el haz, bien sudando, y que no me alcanzaba un huelgo a otro, y començé de tomar un manojuelo de secas y una rama de verdes, y juntábalas y mostrándoselas a mi amo decía: «Soltan buhepbir deila? ¿Señor, esto no es todo uno?» A lo qual respondía, como no lo podía negar: «iercheh: es grande verdad; y tomaba otra y decía lo mesmo; hasta que no había más de las secas, y començé de mostrar otras que también hazían al propósito (pp. 216-7).

La ignorancia de «la congregación» llega al extremo de desconocer la existencia de hierbas medicinales a las puertas mismas del palacio de Sinán Bajá.

La terapéutica de los médicos judíos consiste sistemáticamente en jarabes y brebajes. Urdemalas se horroriza de ello, porque los cree en extremo dañinos, y advierte continuamente que su ingestión no sólo carece de virtudes curativas sino que pueden empeorar el estado del paciente e incluso poner en riesgo su vida. Al visitar Urdemalas a la sultana por primera vez, comenta: «con cualquiera de las purgas que le han dado m'espanto cómo no es muerta» (p. 198). Lo mismo ocurre en la segunda enfermedad de Sinán Bajá, a quien los médicos le dan «mil brebajes» (p. 209) hasta que Urdemalas le pide que deje de tomarlos, «si no quería morir por ello» (p. 209). La advertencia se hace triste realidad más tarde: Sinán Bajá, tras haberse curado, siente débiles las piernas, condición que no preocupa a Urdemalas pues la cree debida a la debilidad normal de la convalecencia, por lo cual le recomienda sólo descanso («No haya mediçina ninguna, que le matará» [p. 236]). Pero engatusado el bajá por un médico ignorante, se entrega de nuevo al consumo diario de un purgante de escamonea que le produce la muerte.[26]

La fobia de Urdemalas a los jarabes purgantes posee un gran valor, porque el uso frecuente de jarabes es una de las aportaciones más importantes de la medicina árabe. Su propósito era lograr la «cocción» del humor pecante en la enfermedad. Con la decadencia de la medicina árabe el uso y abuso de jarabes se había generalizado de tal manera que los neohipocráticos renacentistas hicieron de ello un blanco favorito en sus críticas. Miguel Serveto escribió al respecto la monumental *Syroporum universa ratio* (1537), en cuyo prólogo se lee:

> Soy de la opinión... que hay que abandonar la doctrina de los árabes, y que la administración de jarabes y pócimas no se debe reprobar, pero tampoco emplear en forma bárbara.[27]

[26] La muerte de Sinán Bajá se debe según Urdemalas a un purgante que le proporciona un médico ignorante. Un caso parecido ocurrió en la corte persa del siglo XIV. El médico Rachin eddin, contra la opinión de los demás médicos, recetó un purgante a causa del cual murió. Rachin eddin fue por ello juzgado y ejecutado en 1318 (*Ibid.*, II, 134).

[27] Ed. Mariscal y García de Rello, pp. 309-10.

La práctica de Urdemalas concuerda con la opinión de Serveto. Nuestro protagonista es partidario del uso moderado de jarabes sencillos, como el famoso «jarabe rosado» que le receta a la sultana, pero rechaza absolutamente la prescripción de jarabes compuestos purgantes, tan queridos de los médicos judíos del pachá, quienes los prescriben sistemáticamente y en grandes dosis. Todo ello se inscribe en el movimiento de restauración del hipocratismo, que al creer en la básica «vis medicatrix» de la naturaleza promueve el uso de las medicinas simples (dieta y hierbas) sobre las compuestas (jarabes purgantes), y aún más, si ello fuera posible, la abstención de usar medicamentos, que como hemos visto es lo prescrito en el caso de la debilidad convaleciente del pachá.[28]

Urdemalas cree firmemente en las sangrías como medio terapéutico. En esto reside, junto con los jarabes, la diferencia diametral del tratamiento de la enfermedad que le separa de los médicos del pachá. Porque éstos son tan sistemáticos en su rechazo como Urdemalas lo es en su uso. Ya en su iniciación a la medicina al cuidado de los cautivos, Urdemalas critica al cirujano porque «en sangrar era muy cobarde»

---

[28] Cf. Alonso Chirino: «Es mejor sanar sin medicinas que con ellas... que natura ha de sanar las enfermedades y no las melezinas» (*Menor daño de Medecina*, Ed. Angel González-Palencia, Madrid: Cosano, p. 128). Laguna, siguiendo asimismo el precepto de Hipócrates («*primum non nocere*»), muestra la misma preferencia por las medicinas simples: «Mientras podemos curar con medicinas simplicissimas el enfermo, devemos siempre huyr las compuestas: pues con estas le curaremos más costosamente, y con mayor peligro, que con aquellas». (*Pedacio Dioscórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal*, Salamanca, 1570, p. 4). Laguna es partidario de una regulación oficial al respecto, como la existente en Francia e Italia. Cf. César E. Dubler, *La «Materia médica» de Dioscórides. Su transmisión medieval y renacentista* (Barcelona, Emporium, 1953-55), IV, 261. La medicina árabe, no obstante su interés en las medicinas compuestas, tuvo sin embargo aportaciones capitales al conocimiento de las simples en su época de esplendor. El clásico *De simplici medicina* de Galeno había sido ampliamente superado por naturalistas como el hispanoárabe Errafequy (s. XII) y el egipcio Ibn el Beitar (s. XIII) (Leclerc, II, 45 y 79).

p. 157), acusación que vemos repetirse en el caso de los médicos del pachá, reacios siempre a efectuar sangrías: «¡tanto es el miedo que aquellos malaventurados tienen de sangrar y abrir postemas!» (p. 225). Un miedo injustificado que Urdemalas atribuye a creencias supersticiosas y no a un saber médico. La única razón por la que se niegan a sangrar al pachá es, dice, porque imaginan que el enfermo «jutamente con la sangre echaría el ánima» (p. 234).

Frente a ellos, Urdemalas quiere poner especial énfasis en la bondad curativa de las sangrías, en las que el cree tan firmemente que las lleva a cabo en su propio cuerpo en las dos ocasiones en que cae enfermo. La primera vez, recién llegado a Constantinopla, Urdemalas tiene incluso que convencer a unos barberos que por sistema se oponen a sangrarle, como ignorantes que son:

> Y los bellacos de los barberos, con el mayoral, llamábanle el *mato* que quiere dezir en italiano el loco, porque les hazía que me sangrasen muchas veces, y eran como dixe tan avarientos, que aun mi propia sangre les dolía. Al fin me hubieron de sangrar quatro vezes y quiso Dios que mejorase, lo qual ellos no debían de querer mucho porque no hubiese quien entendiese sus errores (p. 158).[29]

La segunda vez es nada menos que su original manera de escapar a la peste. Afectado en una pierna por el temible carbunclo de la pestilencia, se hace sacar dos libras de sangre de un golpe y se purga «sin xaropar» (otra vez el consabido rechazo a los jarabes purgantes), remedios que le restauran la salud y que recomienda por tanto como tratamiento efectivo contra la pestilencia (p. 193). No ha de extrañarnos entonces que la sangría y otras operaciones quirúrgicas aparez-

[29] La acusación de avaricia se repite referida a los protomédicos: «ni por pensamiento le consentían sangrar; que si de la sangre ajena eran tan avarientos ¿qué hizieran de la suya propia?» (p. 234). Siendo todos estos médicos judíos, la insistencia en la avaricia está cargada de intención.

can como parte sustancial del tratamiento en sus intervenciones como médico de la familia real turca. En las tres enfermedades de Sinán Bajá (asma, hidropesía y herisipela) y en la de la sultana (enferma a consecuencia de «mal parir de un enojo»), se repite la misma secuencia de acontecimientos: diagnóstico de Urdemalas, que recomienda la operación quirúrgica; oposición rotunda a ello de los médicos del bajá; conflicto entre los dos bandos; la opinión de Urdemalas prevalece y la operación se lleva a cabo; éxito del tratamiento y curación del enfermo.

Esta insistencia en el mismo tratamiento ha sido esgrimida en una ocasión como prueba de lo poco versado que el autor estaría en la práctica médica. ¿Puede en rigor defenderse esta opinión? El lector moderno, poco familiarizado con la medicina de hace unos siglos, puede tender fácilmente a creerlo así, movido por una asociación fácil y precipitada de sangría con medicina de tres cuartos. Sin embargo he aquí otro recurso terapéutico de tradición hipocrática que ha sido práctica habitual de la medicina más «científica» hasta tiempos bien recientes. Es cierto que su uso y abuso tuvo durante siglos no pocos críticos. El mismo Hipócrates no era un entusiasta de ella, y varios médicos árabes pidieron moderación en su práctica.[30] Pero nunca dejó por ello de tener decididos partidarios, y en todo caso nadie se opuso sistemáticamente a ella hasta Paracelso. En el siglo XVI seguía siendo favorecida por no pocos médicos famosos: si un Rodrigo de Fonseca se escandalizaba de la frecuencia con que los médicos portugueses la practicaban, razón por la que los llamaba insaciables de sangre, el encargado de contradecirlo fue nada menos que

---

30 La cuestión fue ampliamente debatida en la medicina árabe. Ya en el siglo X el mogrebí Ibn Eddjezar escribió un tratado *Del peligro de sangrar sin necesidad.* Avenzoar, que en general condena la práctica de la sangría, parece que sin embargo sangró él mismo a su hijo de tres años, según testimonio de Averroes (Leclerc, I, 415 y II, 106). La bibliografía sobre el tema es abundante. Cf. Leclerc, I, 330, 378-9, 409, 517, y II, 27.

Zacuto Lusitano, el más ilustre de ellos, quien se defendió de tal acusación insistiendo en su valor terapéutico.[31]

El recurso reiterado no prueba entonces por sí mismo ninguna ignorancia en asuntos de medicina. Pero veamos más de cerca la práctica quirúrgica de Urdemalas. La descripción más detallada de cómo se lleva a cabo una cura de este tipo ocurre durante la segunda enfermedad de Sinán Bajá, que se encuentra afectado de hidropesía. Inmediatamente después del pronóstico, Urdemalas cambia la dieta del pachá, sirviéndole asado y bizcocho (p. 224). En ello se muestra fiel seguidor de Hipócrates, que en tal situación recomienda «comer cosas secas y que den calor»,[32] y beber aguamiel, cuyo consumo abundante prescribe asimismo Urdemalas.[33] Con el agravamiento de la enfermedad el pachá se hincha en exceso, por lo que Urdemalas, tras hacerle sudar con ungüentos y emplastos, decide evacuar quirúrgicamente el líquido acumulado, contra la acostumbrada oposición de los médicos del pachá (pp. 224-5). Urdemalas explica al protomédico Amón Ugli que la materia gruesa se ha cancerado y no hay otra vía para extraerla que la de «abrir la bolsa», que él propone. Al fin, Urdemalas se sale con la suya, y en su presencia los cirujanos ponen manos a la obra y sacan «infinita materia» (p. 226). Al rato, Urdemalas manda cerrar la herida «que no saliese más, por sacarlo en otras tres vezes» (p. 226). Urdemalas razona esta de-

---

[31] M. Lemos, *Zacuto Lusitano. A sua vida e a sua obra* (Oporto: E. Tavares Martins, 1909), pp. 316 y 331. La polémica se repitió en el este de la península. En 1592 Bernardo Caxanes publicó su *Adversus valentinos et quosdam alios nostri temporis medicos, de ratione mittendi sanguinem febribus putridis, libri tres*. En él se acusa a los médicos valencianos de abusar de las sangrías: «Quippe adeo audaces in venae sectione, quae non sine magna deliberatione utebantur antiqui, se ostentant; ut nullum liceat reperire morbum, cui ab illis venae sectione pluries repetita non consulatur» (Cit. por Morejón, III, 318). Morejón refiere que los médicos de Valencia le contestaron prontamente «provocados y ofendidos» (*Ibid.*, p. 381).

[32] *Del régimen de las enfermedades agudas*, 20. *Oeuvres completes*, II, 499.

[33] *Ibid.*, p. 249.

cisión explicando que no es posible evacuar todo el líquido de una vez, pues ello produciría un debilitamiento del enfermo que podría ser fatal.[34] Pues bien, todo este tratamiento revela un conocimiento nada desdeñable de la práctica médica. En primer lugar, la conveniencia de la intervención quirúrgica en este caso, defendida por Galeno: «adhibita punctione aquam eliminamus»;[35] pero aún más, el espaciamiento de las intervenciones. La advertencia de Hipócrates al respecto era muy clara: «la evacuación de todo el líquido causa la muerte»,[36] razón por la que recomendaba «evacuar poco a poco el líquido durante doce días»,[37] o en otra ocasión «hacer salir cada día el líquido».[38] En el riesgo de una evacuación total insistía Galeno: «In hydrope humor non sine noxa semel totus evacuare potest».[39]

Finalmente, en lo que se refiere al método de Urdemalas para curar la peste, la terapéutica por sangría no es tan original como Urdemalas nos quiere hacer creer, ni tan acientífica como creerían algunos. Se trata en realidad de una práctica

---

34 PEDRO. —Podíase quedar muerto, porque no menos debilita sacar lo malo que lo bueno.
JUAN. —El por qué.
PEDRO. —No es posible que a bueltas de lo malo salga grande quantidad de bueno; y como iba saliendo, el sentía grandísima mejoría, y cuanto más iba, más, (p. 227).

35 Galeno, *Opera omnia*, XIV, 786. Ver también XI, 66 («cura chirurgica»).

36 Hipócrates, IV, 571.

37 *Ibid.*, VII, 225.

38 *Ibid.*, VI, 317.

39 Galeno, XV, 72. Ibn Mathran, médico de Saladino, cuenta una curación de este tipo que él realizó en un hospital. Mathran, tras consultar con un colega, decide usar el punzón para aliviar a un enfermo de hidropesía. Mientras se realiza la operación el médico toma el pulso al paciente, y al observar que éste va disminuyendo, opta por suspender el flujo y esperar dos días hasta que el enfermo se recupere para sacar el resto. Al día siguiente el enfermo abrazó ansiosamente a su mujer, y ésta involuntariamente le quitó el vendaje. La abundante evacuación de líquido que siguió, dejó al paciente sin fuerzas, a consecuencia de lo cual murió (Leclerc, I, 566).

comunmente admitida. El médico sevillano Bartolomé Hidalgo de Agüero (1530-97) la recomienda sin ningún alarde de originalidad en su *Tratado de la peste,* escrito tras una larga experiencia en la materia.[40]

Todo ello indica que la práctica médica de Urdemalas se halla efectivamente asentada en sus reconocidos maestros, con los que el autor de la obra se halla indiscutiblemente familiarizado. La función de los capítulos VI y X es demostrar la superioridad de la medicina hipocrático-galénica frente a las formas degeneradas de la medicina árabe. El autor ha construído una apología práctica de sus métodos al par que una sátira de los que considera inapropiados. El conflicto de ambos tiene un claro vencedor. En primer lugar, convencido Sinán Bajá de la superior valía de Urdemalas, le nombra su protomédico con todos los derechos inherentes al cargo, incluido «un ducado veneçiano de paga cada día, de ayuda de costa» (p. 232). Y a la muerte de éste, los médicos que una y otra vez han sido humillados por el arte impecable de Urdemalas, han de rendirse finalmente a la evidencia de los resultados, y reivindicar con reminiscencias bíblicas a este cruzado de la medicina verdadera: «porque con la protesta que le hize y el prognóstico, todos los médicos quedaron señalándome con el dedo diçiendo el 'vere filius erat iste'. Si a éste creyera, nunca muriera» (p. 241).

Magia y medicina, términos sinónimos en la medicina antigua,[41] han estado indefectiblemente vinculadas en toda época, y el siglo XVI no fue una excepción. Hasta en la culta Italia del *cinquecento* la brujería y la superstición competían en popularidad con la medicina científica basada en Hipócrates.[42] Si Urdemalas quiere, mediante las disputas con los médi-

---

40 Morejón, III, 328.

41 Howard Haggard, *Mystery, Magic, and Medicine: The Rise of Medicine from Superstition to Science* (Nueva York, Doubleday, 1933), pp. 9 ss.

42 Cf. M. T. Gnudi y J. P. Webster, *The life and times of Gaspare Tagliacozzi, Surgeon of Bologna, 1545-1599* (Nueva York, H. Reiner, 1950), pp. 9-15.

cos judíos, marcar una diferencia estricta entre ambas maneras de practicar la medicina, su sátira implacable contra los «echizeros y supersticiosos» persigue un distanciamiento si cabe aún mayor. Tal actitud se nos hace ya explícita en sus palabras a la sultana: «Señora, yo no soy negromántico, que sano por palabras» (p. 198).[43] Como vimos anteriormente, Urdemalas niega la posibilidad de una curación mágica, racionalmente inexplicable. Por desgracia, Urdemalas comprueba cómo el ingenuo y supersticioso Sinán Bajá cede en cambio fácilmente a la actuación de hechiceros de toda estirpe en su supuesto provecho. Las páginas 221 a 224 del *Viaje* constituyen un sabroso repertorio de prácticas hechiceras, de las que nuestro médico se burla sin piedad. Urdemalas confiesa que es difícil luchar contra creencias tan irracionales como arraigadas entre los turcos; explica las diferentes supersticiones en que se basa cada práctica sanatoria y demuestra su absoluta ineficacia que sin embargo tan cara le resulta al desdichado Sinán Bajá. Este llega a pagar siete mil ducados para contratar lectores del Corán, quienes recitan día y noche el libro sagrado con la intención de romper el hechizo que, según los letrados de la ley de Mahoma, es la causa de la enfermedad del bajá, razón por la que creen es incurable por las vías médicas normales. Hechiceros y magos eran en Turquía como en Europa competidores aventajados de los médicos. El resentimiento de éstos a los primeros puede explicar por qué Urdemalas, normalmente tan respetuoso con la figura de su amo, se atreva a ridiculizarlo como víctima ingenua de los hechiceros en esta impagable escena:

> vino una muger que a mi gusto lo hizo mejor que nadie, y tenía grande fama entrellos, que cada día la primera cosa que venía por la mañana hazía que fuese una cabra negra, y tras esto pasaba tres veces por debaxo de la tripa de una borrica, con çiertas palabras y çerimonias, y era la cosa que más contra su voluntad hazía, porque era un hombrazo y con una

---

43 Cf. P. Laín Entralgo, *La curación por la palabra en la antigüedad clásica* (Madrid, 1958).

> tripa mayor que un tambor, ya podéis ver la fatiga que resçibiría. Entre éstas y éstas le daba un letuario lleno d'escamonea, que le hazía echar las tripas. (p. 222) [44]

El autor del *Viaje* hace gala de su mejor humor con este cortejo de milagreros y sanadores que, uno tras otro, embaucan al pobre Sinán Bajá, quien sin embargo no logra mejoría alguna de tales prácticas. Antes bien, su hidropesía se agrava hasta que Urdemalas la cura con la operación que conocemos.

Un punto que merecería especial consideración es la ausencia en el *Viaje* de la matemática y la astrología médicas. Urdemalas, que defiende la importancia de la asistencia médica en el período de convalecencia, se refiere solamente una vez a la doctrina de los días críticos.[45] El resto de sus menciones a la astrología médica tiene carácter definitivamente burlesco. Urdemalas se aprovecha de las extendidas creencias en los efectos de los astros sobre la tierra, para deshacerse de los pacientes molestos, incurables o que sencillamente no quieren pagar. Urdemalas pretexta algún inconveniente en la posición de los astros para llevarse a cabo la curación «aunque fuesen dos días no más de la luna» (p. 260). Ya vimos anteriormente cómo el autor no cree en los presagios de la astrología judicial. Del mismo modo parece desconfiar de los supuestos efectos o influencias astrales en los procesos médicos por su carácter de conocimiento más especulativo que experimental, tal como se proponía en los populares «Adelasskalenderne» alemanes, especie de horóscopos médicos con explicaciones de los días contrarios y favorables a la práctica médica.[46] En cualquier caso, el pragmatismo de un médico convencido de la

---

[44] Esta escena no es arbitraria, sino que critica un procedimiento mágico bien conocido. El médico Antonio de Cartagena defendió el valor profiláctico de los paseos de cabras en su *Liber de Peste* (Alcalá, 1529). Cf. Morejón, II, 221.

[45] Cuando Urdemalas cae enfermo de pestilencia, comenta que «la calentura me dexó al seteno» (p. 158).

[46] Garrison, *op. cit.*, p. 134. La curación por palabras por otra parte entendía también de influencias místicas de números.

bondad curativa de su arte desdeña —con muy moderna actitud, diríamos— creencias astrológicas de tan poderoso arraigo en la época que incluso el revolucionario Paracelso, crítico asimismo de las prácticas de brujería, buscó sin embargo incorporar de algún modo a sus nuevas maneras terapéuticas.

En conclusión, la idea de un dilettantismo médico del *Viaje* debe ser firmemente rechazada. Además de los conocimientos específicos sobre la práctica médica que hemos señalado, hay que decir que el modelo que usa Urdemalas en su relación de las enfermedades no es otro que el de los informes clínicos, cuyo uso empieza a generalizarse en la época. Una rápida comparación con dos de ellos nos mostrará su parentesco indudable. El primero es la «Relación verdadera de la herida de cabeza del serenísimo Príncipe Don Carlos nuestro Señor, de gloriosa memoria, la cual se acabó en fin de julio del año 1562», cuyo autor es el insigne cirujano real Dionisio Daza Chacón.[47] La situación es similar a la del *Viaje:* Daza es uno de los doctores del consejo médico que atiende al príncipe, si bien se encuentra en mejor compañía que Urdemalas, siendo uno de sus colegas nada menos que Andrés Vesalio. El largo informe de Daza puede resumirse en intención y contenido con los siguientes rasgos:

—Informe médico detallado (Historial clínico) del curso de la enfermedad, desde el inicio de ella hasta su conclusión.

—Justificación razonada de todas las opiniones expresadas por él en las consultas médicas, así como de sus intervenciones prácticas.

—Denuncia del recurso a la medicina popular, encarnada en un tal Pinderete, «el moro de Valencia», que con sus ungüentos secretos promete la salud al príncipe, y tras aplicárselos no consigue sino empeorar la herida.

—Rechazo de la astrología judicial, que había pronosticado la caída del príncipe que causó la herida en la cabeza.

---

[47] Edición en *Documentos inéditos para la Historia de España* (Madrid, 1851), XVIII, 537-63.

—Agradecimiento a Dios por haber preservado la vida del príncipe, pero explicación del proceso de curación por vía natural y no milagrosa o mágica, con implícito autoelogio de los propios recursos terapéuticos gracias a los cuales esa curación ha sido posible.

Aunque existan obviamente las diferencias de forma entre un informe al Consejo y un diálogo de entretenimiento como el *Viaje*, las concordancias esenciales permanecen. Ambos escritos revelan una intención de validar públicamente una actuación profesional intachable basada en un conocimiento competente de la materia. En pocas palabras, se trata de demostrar que son buenos médicos. La justificación del propio quehacer viene acompañada de la crítica a las prácticas poco ortodoxas de colegas rivales. Esto es aún más claro en otro informe de Daza Chacón, escrito a propósito de la muerte de Don Juan de Austria. La situación aquí es idéntica a la de Urdemalas tras la muerte de Sinán Bajá: el médico quiere dejar constancia de que el fallecimiento del ilustre personaje se ha producido por haberse puesto éste en manos de medicastros sin conocimiento de oficio. A la denuncia correspondiente de este hecho sigue una curiosa declaración de tono similar a la del *Viaje*, en que el autor declara que si él hubiera estado enteramente a cargo del enfermo, el resultado hubiera sido muy otro:

> ...como acaeció al serenísimo Don Juan de Austria; el cual después de tantas victorias (principalmente la batalla naval, cosa nunca vista, ni aun oída en todos los tiempos pasados) vino a morir miserablemente en manos de médicos y cirujanos... Diéronle la lancetada, y sucedió luego un flujo de sangre tan bravo, que con hacerle todos los remedios posibles, dentro de cuatro horas dio el alma a su criador; cosa digna de llorar y de gran lástima. Dios se lo perdone a quien fue causa de tanto mal... Si yo hubiera estado a su servicio, no se hiciera un yerro tan grande como se hizo.[48]

[48] Cit. por Morejón, III, 306.

IV. Teoría y práctica de la medicina

De la vida de Pedro de Urdemalas anterior a su captura por los turcos sabemos muy poco. En lo referente a su experiencia médica sin embargo lo sabemos todo, ya que como lectores asistimos al momento mismo de su iniciación. Urdemalas decide hacerse pasar por médico sin saber nada del oficio, según sus palabras motivado sólo por el deseo de mejorar así sus condiciones de vida en la esclavitud:

> Llegóse a mí un cautivo que había muchos años que estaba allí, y... yo le rogué que me dixese qué ofíçios estimaba en más, y díxome que médicos y barberos y otros artesanos. Como yo vi que ninguno sabía, ni nunca acá le aprendí... imaginé quál de aquellos podía yo fingir para ser bien tratado y que no me pudiesen tomar en mentira, y acordé que, pues no sabía ninguno, lo mejor era dezir que era médico, pues todos los errores los había de cubrir la tierra, y las culpas de los muertos se habían de echar a Dios. Con dezir Dios lo hizo, había yo de quedar libre; de manera que con aquella poca de Lógica que había estudiado podría estudiar algún libro por donde curase o matase (pp. 133-4).

Esta declaración de Urdemalas reviste aparentemente tanto cinismo sobre el ejercicio de la medicina que puede ser fácilmente malentendida. La idea, lejos de ser original en el *Viaje*, tiene fuentes conocidas. Se trata de una anécdota apócrifa de Sócrates ya recogida por Petrarca. Este cuenta la historia de un pintor que decidió un día abandonar su profesión para dedicarse al ejercicio de la medicina, decisión que alabó Sócrates como muy sabia, pues dejaba el oficio donde todos los errores quedan al descubierto para tomar otro en que los errores yacen ocultos bajo la tierra.[49] Pero el uso que Petrarca y el autor del *Viaje* hacen de la misma anécdota varía significativamente. Mientras en el primero ésta concuerda con el espíritu general del texto en que aparece, como veremos más

[49] «Caute; 'inquit' artem enim deservit que defectus suos habet in aperto, eamque complexus est cuius error terra tegitur» (*Invective contra medicum. Opere latine*, ed. Antonietta Buffano, Turin, Classici Italiani, 1975, II, 817-981).

adelante, en el segundo se inserta en claro contraste irónico a lo que sigue, porque a partir de ahí Urdemalas empieza a instruirse en su nuevo oficio con seriedad y dedicación. Se hace primero con un libro de medicina práctica, en el que estudia cuidadosamente la descripción y el tratamiento de las enfermedades. Empieza a aplicar después prudentemente sus conocimientos entre los cautivos enfermos, con buen resultado:

> Vínome a la mano un buen libro de medicina, con el qual me vino Dios a ver, porque aquel contenía todas las curas del cuerpo humano, y nunca hazía sino leer en él; y por aquél comenzé a curar unos cautibos que cayeron junto a mí enfermos, y salíame bien lo que experimentaba; y como yo tengo buena memoria, tomélo todo de coro en poco tiempo... En tres meses quasi supe todo el oficio de médico (p. 146).

A los pocos meses, tras curar a un rico cautivo genovés y efectuar su primera visita general, bajo la vigilancia del sobrebarbero, Urdemalas se siente superior a éste en conocimientos, por lo que decide hacerse cargo del tratamiento de los enfermos actuando con independencia de su supervisor. Aplicando la terapia que conocemos («sangrar liveralmente y purgar poco») el joven médico obtiene un éxito notable al conseguir que no muera nadie en una semana (p. 159). Su carrera profesional conoce un vertiginoso ascenso. A los seis meses de iniciada

> yo tenía toda la carga y el zirujano viejo curaba los turcos que en casa de Zinán Baxá había, con alguna ganancia, y no tanto trabajo como yo tenía. Al cabo destos seis tenía yo ya algunas letras y experiençia que podía hablar con quien quiera, y fama que no faltaba, y veníanme buscar algunos turcos allí p. 168).

Entre los clientes de la burguesía turca que admite a su cuidado, Urdemalas llega a tratar a un privado de Dargute, del que obtiene su primer ducado. Inmediatamente después es requerido por Sinán Bajá, enfermo de asma doce años, momento en que empieza su etapa de médico real que culmina con el nombramiento de protomédico del bajá, cargo que ocupa hasta la muerte de éste.

La educación médica de Urdemalas es pues totalmente autodidacta. Se basa en el estudio de algunos manuales y en

la atenta observación de la naturaleza y de las enfermedades de sus pacientes. Esto podría tenerse como prueba de las sensibles limitaciones de Urdemalas como profesional de la medicina, pero tal cosa no se adecuaría a la realidad de ese tiempo. Vives incluyó en *De disciplinis* un breve pero sólido tratado en que se trata de la formación ideal del médico.[50] Esta consta de tres etapas:

—El futuro médico se dará primeramente al estudio de todos los productos con valor médico: plantas, piedras, minerales, etc.; qué virtudes tienen, dónde y en qué epoca del año se encuentran, etc. Aprenderá también las nociones básicas de anatomía.

—A continuación acompañará a un médico experimentado en sus visitas, y observará atentamente sus diagnósticos y tratamientos.

—Cuando el novicio haya alcanzado suficientes conocimientos teóricos y muestre ser distinto en la práctica, podrá ejercer la práctica en solitario.

El tratado de Vives propone de este modo una formación basada en el armonioso equilibrio entre teoría y práctica. Ello explica por qué en todo el tratado no se hace una sola mención a la necesidad de estudios académicos. Las Facultades de Medicina de la época, con muy pocas excepciones, proporcionaban una enseñanza exclusivamente teórica al modo escolástico.[51] Es evidente que las limitaciones del cautiverio impiden a Urdemalas el privilegio de disponer de un médico experimentado que le sirva de maestro. Urdemalas dice al respecto con ironía que aprendió mucho de su «maestro» el sobrebarbero haciendo exactamente lo contrario de lo que éste hacía, porque «no hay en el mundo mejor medicina que lo contrario

---

50 *De disciplinis*, IV, VII. Cf. C. Noreña, *Juan Luis Vives* (La Haya, Nijhoff, 1970), p. 185.

51 Laín Entralgo añade: «Fiel al esquema didáctico al uso —proposición de una tesis, explanación de ésta, objecciones, contraobjecciones, solución final— el maestro daba su *lectio*, con el correspondiente texto a la vista, o resolvía los problemas que ocasionalmente se le presentaban *(quaestiones quodlibetales)*», *Historia de la medicina*, p. 235.

del ruin médico» (p. 159). Ante el exceso teórico de las universidades por un lado, y el desconocimiento del *ars medica* por los empíricos estrictos o los médicos ignorantes, el aprendizaje de Urdemalas es, si no modélico, sí al menos afortunado en esa difícil síntesis de «experiencia y letras» que en la educación del médico recomendaba Vives.[52]

Todo ello no comporta un rechazo de las universidades. Estas tienen también su función. Al fin y al cabo el prestigio de la medicina había aumentado en gran modo gracias a la creación de las Facultades de Medicina, y si bien pecaban en su curriculum de limitarse generalmente a la teoría médica, al menos podían garantizar que sus titulados conocieran bien esa teoría, lo que no era poco, según veremos más adelante. La habilidad médica de Urdemalas, probada ya en la práctica, recibe después el certificado oficial y académico que acredita sus conocimientos en la materia cuando Urdemalas, de vuelta a España, pasa por Bolonia en cuya universidad recibe mediante súplica el doctorado en medicina.

---

[52] El autor reafirma con ello su confianza en las posibilidades del individuo frente a un maestro que puede aprovecharse de su condición de tal y esgrimir argumentos de tipo autoritario. En todo caso, he aquí otra polémica de larga tradición. El egipcio Ali ben Roduan (s. XI) escribió un tratado *de la manera de estudiar la medicina* que no se ha conservado, pero del que hallamos noticia por la polémica que desencadenó. En él se defendía la primacía del estudio directo e individual sobre la enseñanza con un maestro, opinión que fue en seguida contradicha por otros colegas (Leclerc, I, 529). El riesgo de una medicina no racionalizada basada en criterios puramente empíricos tenía los suficientes partidarios como para que Mexía escribiera un diálogo para denunciarla. En éste el empírico Gaspar es corregido por El Maestro: «es claro que sin letras y doctrina no se puede hazer entero juyzio ni elección: y si esta cosa no se reduxiera a reglas y arte, todo fuera confusión y olvido... aun que el origen [de la medicina] aya sido la experiencia, ella sabe hallar pero no guardar: el arte guarda y conserva... es necesario que aya médicos y maestros conoscidos: y que todos lo pueden ser, porque aun que fuera sola experiencia necessaria, no era posible ser todos experimentados ni todos tener discreción ni abilidad para platicar ni exercitar lo experimentado» (Cit. por L. Granjel, *Humanismo y medicina,* Salamanca, Univ. de Salamanca, 1968, p. 99).

La elección de esta universidad y no otra no puede considerarse casual. Esta institución, que Urdemalas califica de «muy excelente, y donde hay varones doctísimos en todas facultades» (p. 366), y su hermana y vecina Universidad de Padua debían precisamente su enorme prestigio a la fama de sus escuelas de Medicina, a cuyas aulas acudían estudiantes de todo el continente.[53] La admiración de Urdemalas es pareja a la que manifiesta Laguna por Padua, quien destaca entre tantas bondades una particularmente rara y ejemplar que es el no limitarse a la enseñanza teórica sino ejercitar y fomentar también la práctica médica, motivo por la que es modélica en su género:

> aquella universidad tan famosa, cuya diligencia y solicitud en acarrear a sí todas las medicinas simples del universo, para el beneficio de los mortales, y en ejercitar a menudo la anatomía y disección de los humanos cuerpos, querría yo que imitasen nuestras academias de España, pues tienen tanta comodidad y aparejo.[54]

[53] En el proceso de dignificación del arte médico tuvo especial significación la aparición de las universidades. De éstas, la de Bolonia, fundada en 1113, fue la segunda en antigüedad, precedida sólo por la de París. En el siglo XVI su prestigio era enorme, y a ella acudían estudiantes de todo el continente. Cf. M. T. Gnudi y J. P. Wabster, pp. 3-9.

[54] *Dioscórides*, II, 113C. Cf. Dubler, IV, 104-5. A principios del siglo XIV Bolonia era ya el centro más importante de Europa para estudios anatómicos (Debus, p. 57). En Bolonia se encontraba el Colegio de los Españoles fundado por el Cardenal Gil de Albornoz, motivo por el cual la universidad no fue considerada como institución extranjera. Las Cortes de Valladolid de 1555 se refieren a «las universidades principales destos reynos, que son Salamanca, Valladolid, Alcalá de Henares o Bolonia» (cit. por Ricardo Muñoz Garrido y Carmen Muñiz Fernández, p. 31).

La cuestión de la educación práctica de las universidades se corrigió con el tiempo. En 1596 los jurados de Barcelona decidieron reformar el programa de estudios creando una cátedra mayor de Práctica y otra menor de Anatomía y Simples «con la obligación de salir al campo para dar a conocer prácticamente a los estudiantes las plantas medicinales, y esplicar a la vista sus virtudes». (Morejón, II, 24). Las Constituciones de Valencia insistían en el mismo aspecto en 1629: «Lo catedratico... sera obligat a mirar les herbes per les llocs acostumats para que les vejen y coneguen ocularment les estudiants» (*Ibid.*, II, 150).

El hecho de que Urdemalas sea joven no es obstáculo para que sea un buen médico. Con las disputas entre Urdemalas y los médicos judíos el autor del *Viaje* ha querido también tomar partido en una polémica de la máxima actualidad en la época, cuyo tema era la relación entre edad y conocimiento. Frente a la perspectiva clásica y medieval que favorecía la vejez como el estado propio para alcanzar la sabiduría, en el Renacimiento sonaron voces discordantes que negaban la necesidad de asociación de ambos términos.[55] Pico della Mirandola, verdadero niño prodigio de la filosofía, había pedido ya en el siglo XV que sus obras fueran juzgadas exclusivamente por su contenido y no atendiendo a la tierna edad del autor.[56] En España Fox Morcillo defendió en su tratado *De iuventute* las notables empresas que los jóvenes habían llevado a cabo, por las que merecían crédito y admiración.[57] La cuestión apa-

---

[55] La asociación tuvo en el *De senectute* su mejor defensor, pero ya Aristóteles había cuestionado esta generalización, distinguiendo diferentes carácteres tanto en la vejez como en la juventud (*Retórica*, II, 12-13, 1388b, 31-3390a, 27), distinción que repite Horacio (*Ars poetica*, 158-179) y que recuerda también Petrarca (*Invective*, p. 866). La mejor discusión del problema se halla en J. A. Maravall, *Antiguos y Modernos; la idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad* (Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966), pp. 83-90, que discute la tradición de la idea y su realidad en el Renacimiento español, con abundantes ejemplos.

[56] «quam vel laudare illam si defenditur, vel damnare si reprobatur, et denique cum nostra inventa haec, nostrasque sint literas iudicaturi, non authoris annos, sed illorum merita potius vel demerita numerare» (*De hominis dignitate. Opera omnia*, I, 326).

[57] Publicado en Basilea (1556). Ed. de Urbano González de la Calle en el apéndice a su *Sebastián Fox Morcillo. Estudio histórico-crítico de sus doctrinas* (Madrid, 1903). Escrito también en su juventud, Fox Morcillo recoge el planteamiento de Pico y ofrece como ejemplo su propia obra de juventud: «Cuando apenas tenía diez y nueve años, compuse unas Paráfrasis y Escolios a los *Tópicos* de Cicerón, obra no lo bastante madurada y que necesita lima, pero que entonces era indicio de la no mala índole de mi talento; después hice, a los veinticuatro años, los *Comentarios al Timeo* de Platón... ahora tengo próximamente, como sabes, veintiocho años, y sin embargo, no requiero nada senil o más maduro que a lo que a mi edad conviene» (ed. cit., p. 338).

rece en el *Viaje* referida a la práctica de la medicina. Los médicos del bajá quieren descalificar a Urdemalas como profesional solamente por el hecho de que éste es joven: «mofaban todos diçiendo que qué grabedad tenía el rapaz christianillo» (p. 198). Este se defiende arguyendo a favor de una noción de experiencia que no está en estricta relación con la edad:

> Quanto a lo que era moço y no tenía experiençia, aunque era poca la que yo tenía, era mill vezes más que la suya, porque con letras y entendimiento y advertir las cosas se sabía la experiencia, que no por los años, que a esa cuenta, las mulas y asnos que andaban en las norias y tahonas sabrían más que ellos, pues eran más viejas, y las comadres y los pescadores viejos; y tras esto una parábola pues la otra les había contentado: Si Vuestra Esçelencia parte en amanesçiendo en una barquilla (que estábamos en la ribera del mar) y para ir de aquí allí, señalando un trecho, y no lleva sino dos remos y desde a dos o tres horas parto yo en un bergantín bien armado con muchos remos, ¿cuál llegará primero? Respondió: Tú. Preguntéle el porqué. Dize: Porque llevas mejor varco. Digo: ¿Pues vuestra exçelencia no partió primero tres horas? No haze, dixo, eso al caso. Pues tampoco les haze, digo, al caso, a estos judíos haber nasçido tantos años antes que yo, porque van caballeros en asnos, que son sus entendimientos, y yo corriendo a caballo en el mío, y con ver yo una cosa la sé, porque estudio, y ellos aunque la vean mil vezes, no (pp. 210-11)

Las letras que posee Urdemalas, es decir su conocimiento del *ars medica,* le conceden una supremacía sobre la edad madura de sus adversarios, quienes al fin han de reconocerlo así: «sabemos que sois letrado y tenéis toda la raçón del mundo» (p. 199). La anécdota en Turquía no es nuevamente sino trasunto de una cuestión polémica en España. Porque es allí donde «los mediconaços viejos» intentan imponerse a sus jóvenes colegas neohipocráticos por razón de edad:

> y cuando saben que el doctor tal le cura, luego con una sonrisa falsa dize que, aunque es moço, será bonico si bibe; y comiença luego a dar tras los manzebos diziendo que son médicos del templeçillo y amigos de setas nuebas. Y como tienen canas, pensando que saben lo que dicen, los cree el vulgo (p. 211).

Las disputas entre médicos jóvenes y viejos eran en efecto frecuentes, como atestigua Alfonso de Miranda.[58] La idea de que un médico no puede ser bueno en su profesión si es joven fue combatida por Francisco Valles. Este, con un razonamiento parecido al de Fox Morcillo, declara haber conocido a viejos con mentalidad de niños y a jóvenes con prudencia y sabiduría de ancianos. La edad pues no lo es todo («itaque non sunt in canis haec omnia»), pues los años sin letras son más estériles que una juventud ilustrada.[59] Una vez dejado esto en claro, Valles no tiene reparo en confesar que, a igualdad de conocimientos, lógicamente debe preferirse al médico anciano, que ha acumulado experiencia profesional a través de los años, sobre el joven que lleva poco tiempo practicando la medicina («modo ad hanc censuram annosi, juvenes non vocentur»). Un parecer de amplio consenso, compartido por numerosos colegas como Luis Mercado y Luis Lobera de Avila,[60] y que Urdemalas hace también suyo:

> como la verdad sea que si los moços son griegos y los otros bárbaros saben más durmiendo que ellos velando, y tienen más experiençia, verdad es que si el viejo tiene tan buenas letras, lo mejor es, que las canas con buenas letras y trabajo, más saben. (p. 211)

---

[58] En el *Diálogo dá perfeizao, é partes que sao necessarias ao bon médico* (Lisboa, 1562). Cf. Morejón, III, 105.

[59] Cit. por Eduardo García del Real, *Historia de la Medicina Española* (Madrid, Revs, 1921), pp. 285-6.

[60] Luis Mercado, *El libro de la peste*, ed. Nicasio Mariscal (Madrid, Cosano, 1921), p. 153. Luis Lobera: «ha de ser viejo, experimentado, de buena estimativa y de buen seso» (cit. por L. Granjel, *Médicos españoles*, Salamanca, Univ. de Salamanca, 1967, p. 23). La misma opinión es compartida por P. Mexía y A. de Torquemada (cf. L. Granjel, *Humanismo y medicina*, pp. 99 y 108-9 respectivamente). Sólo Huarte de San Juan parece separarse de sus colegas. Para él, la prudencia y sabiduría observables en la vejez no se deben a la experiencia, sino a la condición física del temperamento en esta edad, que obra así por haber encontrado entonces la mejor adecuación de calor, humedad y sequedad (*Examen de ingenios para las ciencias*, ed. Esteban Torre, Madrid, Editora Nacional, 1977, p. 106).

V. La profesión médica

Una actividad de tanta relevancia social como es la de guardar la salud y sanar las enfermedades de las gentes tuvo desde la antigüedad una pluralidad de practicantes de la más diversa índole. El cuadro social de quienes reclaman para sí la facultad y el ejercicio de la medicina fue siempre tan variado que sería punto menos que imposible ensayar una definición que pudiera abarcarlos a todos de algún modo. Leclerc comenta al respecto que en el Islam del siglo X cualquiera que hubiera sido la elasticidad con que se aplicaba el título de médico, uno no puede menos de asombrarse ante la infinidad de individuos que pretendían tener derecho a él.[61] La España del siglo XVI ofrecía un aspecto no menos variopinto, según nos lo describe Granjel:

> El gremio de quienes tenían por misión solventar los problemas, individuales o colectivos, que el evento de la enfermedad planteaba, lo componen durante el Renacimiento, médicos y cirujanos con título universitario y con personalidad científica y social mucho más modesta, cirujanos carentes de formación doctrinal, meros empíricos, barberos, «bizmadores» o «algebristas», prácticos especializados en la cura manual de procesos urológicos, «batidores de cataratas» y comadronas.[62]

Para tratar de poner algún orden en este maremagnum se había desarrollado en Occidente la medicina legal. Ya en 1140 Rogelio II, rey de las dos Sicilias, publicaba su famoso decreto obligando a quien quisiere ejercer la medicina en su reino a presentarse ante varios oficiales designados al efecto para someterse a exámen. Objetivo declarado de ello era «prevenir a los súbditos de nuestro reino de incurrir peligro debido a la ignorancia de los médicos».[63] Cien años después el empera-

---

61 Leclerc, I, 577.

62 L. Granjel, *Historia de la medicina española*, p. 39.

63 Cit. por H. Friedenwald, *The Jews and Medicine* (Baltimore, 1944), I, p. 263. Extraigo lo que sigue de esta obra y de la *Historia de la medicina* de P. Laín Entralgo cit., pp. 235-6. Para un análisis de la medicina legal en España, cf. Morejón, II, 156-64 y el estudio de R. Muñoz Garrido, cit., pp. 11-105.

dor Federico II publicó sus «Estatutos de la Universidad de Salerno» que habilitaban a ésta para conceder con exclusividad la *licentia practicandi* requerida a todo médico. Estos estatutos dieron la pauta a las normativas reales que, en número creciente, se dictaron en la Europa bajomedieval y renacentista. Ello corrió paralelo a un reconocimiento progresivo de la titulación académica en materia de medicina, que establecía tres grados: *baccalarius, licenciatus* y *magister* o *doctor.* Como es lógico, quienes obtuvieron esos títulos en seguida hicieron valer sus derechos frente a los intrusos que se apropiaban de ellos sin justificación ninguna. En el *Viaje* hallamos constancia de ese sentimiento; a lo largo del texto se hace explícita la preocupación del profesional por definir estrictamente el status del médico, marcando las diferencias de rango y funciones con otros practicantes de la medicina y buscando en última instancia elevar el prestigio social del médico. Ya vimos cómo Urdemalas se muestra orgulloso del título que «con mucha honrra» ha recibido en Bolonia. Lejos de ser esto algo anecdótico en su carrera profesional, él mismo declara que merced a ese título «estos pocos días que tengo de vibir pienso servir a Dios lo mejor que pudiere» (p. 369). El doctorado garantiza su proficiencia en la teoría médica, y la sociedad debería reconocer ese grado con honra y fama. Desafortunadamente, comenta Urdemalas, la mala situación de la medicina en España, donde es practicada en gran escala por ignorantes, ha rebajado el prestigio social del médico de tal manera que siendo doctor en Medicina «antes se pierde honrra que se gane» (p. 369). Una lamentación idéntica a la de Andrés Laguna, quien expresa con amargura cómo la Medicina, arte glorioso en otros tiempos, «ande ya por el suelo tan vil y tan abatida, que cualquier hombre honrrado se afrente de ejercitar la práctica della».[64] Una causa fundamental de esa mala

[64] *Dioscórides*, p. 4. En realidad la idea es también un tópico desde Hipócrates, quien escribía en *Sobre el Derecho:* «El arte de la medicina es el más bello y noble de todas las artes, pero por causa de la inexperiencia de quienes lo practican, por un lado, y la superficialidad de quienes juzgan a los médicos, por otro, con frecuencia se le considera inferior a otras artes» (*Oeuvres completes*, IV, 639).

situación es precisamente la existencia de médicos sin titulación que dicen serlo. La inquina del autor del *Viaje* contra esos rapaces pseudocolegas halla expresión por vía del mejor sarcasmo. A Sinán Bajá se presenta «un médico judío de quien no reçaba la iglesia, que se llamaba él liçençiado» (p. 224). La ignorancia de este farsante queda ridiculizada así:

> quando vino el señor liçençiado començó de hablar de tal manera que ponía asco a los que lo entendían. Yo le dixe: Señor, ¿en quántos días le pensáis dar sano? Dixo que con la ayuda de Dío en tres. Repliqué si por vía de mediçina o por otra. El dize que no, sino de mediçina porque aquello era trópico y le habían de sacar, que era como un gato, y otros dos mil disparates; a lo qual yo le dixe: Señor, el grado de liçençiado que tenéis ¿hubístesle por letras o por herençia? Dixo tan simplemente: No, señor, sino mi agüelo estudió en Salamanca y hízose liçençiado, y como nos echaron d'España, vínose acá, y mi padre fue médico que estudió en sus libros y llamóse ansí liçençiado y también me lo llamo yo. Digo: ¿Pues a esa quenta también vuestros hijos después de vos muerto se lo llamarán? Dize: Ya, señor, los llaman liçençiaditos. (p. 224).[65]

La práctica de la medicina en el siglo XVI se hallaba dividida en tres niveles, según el status social de los pacientes:[66] la *medicina pauperum* que cuidaba de la población sin bienes de fortuna y se practicaba en hospitales; la asistencia a comerciantes, artesanos, profesionales, etc., que podían costear la visita domiciliaria del médico; y finalmente la *medicina principum* o real, propia de los dirigentes que podían disponer de su propio médico *a cubiculo* y de cuantos consejos mé-

---

[65] Las lamentaciones sobre este hecho aparecen constantemente en las convocatorias a Cortes del siglo XVI. Así en las Cortes de Madrid de 1565: «Otrosí hazemos saber a Vuestra Magestad, que en estos reynos y señoríos a avido y ay muchas personas que usan de officios de curujanos [sic] y boticarios, sin ser graduados y sin aver estudiado en los estudios generales diez años... de lo qual ha redundado y redunda mucho daño y peligro a la salud y vida de los hombres: suplican a Vuestra Magestad lo mande proveer y remediar» (cit. por R. Muñoz Garrido, p. 34).

[66] P. Laín Entralgo, *historia de la medicina*, pp. 237-8.

dicos hubiera menester. La práctica médica de Urdemalas incluye los tres niveles, ascendiendo cronológicamente por supuesto del inferior al superior. Esto le permite un conocimiento directo de cada nivel, y la oportunidad correspondiente de criticar la situación de los tres en España. Ya hemos hablado del lujo inútil, mal equipamiento y asistencia defectuosa que caracteriza a los hospitales, a lo que hay que añadir las miserrimas condiciones sanitarias y alimenticias de los cautivos. Del segundo nivel nuevamente el comentario de Mata nos advierte de la frecuencia con que en España los médicos visitan a sus pacientes «que yo lo tengo por chocarrería esto d'España visitar dos veces a todos, aunque no sea de enfermedad peligrosa» (p. 204). Pero es evidente que su máximo interés reside en la medicina real. Si al autor le preocupa la competencia desleal de hechiceros y pseudomédicos de todo tipo en los tres niveles de la asistencia médica, su indignación toca techo cuando ésta afecta a la medicina real.[67] No en vano ser

[67] A la medicina real se le dedicaron varios tratados, por ejemplo la tercera parte del *Regimen sanitatis* de Maimónides, titulada «Del régimen particular del príncipe». Urdemalas cumple con conocimiento de oficio su papel de médico real, preparando con la debida parsimonia el menú de Sinán Bajá. En esto hay otra acusación de ignorancia a los médicos judíos, a quienes Urdemalas recrimina por querer alimentar al bajá como si fuera un hombre común:

> Yo os diré: un día que el Baxá se purgaba fueron a la coçina y dixeron al cozinero que coziese media abe y diese del caldo sin sal media escudilla, y después la saçonase porque había de comerla el Vaxá. Yo, como los vi mandar aquello, atestélos de hidesputas, vellacos, y mandé poner quatro ollas delante de mí y en cada una echasen dos aves. En la una se coçiese sin sal, con garbanços; en la otra, con raízes de perejil y apio; en la otra, con çebollas y lentejas; la última, con muchas yerbas abonadas, y asasen otras dos también por si quisiese asado. Ellos luego dixeron: «Ut quid perditio haec?» Digo: porque sepáis que nunca curasteis hombre de bien, ¿cómo? ¿a un tan gran señor tratáis como se había de tratar uno de vosotros?; cómanse estas gallinas después los moços de coçina. No dexé de ganar honrra con mi amo quando lo supo (p. 219).

physicus a cubiculo era el máximo honor a que podía aspirar el médico para culminar una brillante carrera profesional. A este nivel, pues, una competencia tal resultaba afrentosa. La muerte de Sinán Bajá a manos de un médico de pacotilla adquiere por ello un carácter ejemplar y de firme advertencia ante un peligro siempre real. En España era conocido el caso de Fernando I de Aragón, quien según nos revela su cronista Alvar García de Santa María, había muerto por ponerse al cuidado de medicastros que terminaron con él. El cronista aprovechaba el trágico suceso para prevenir a los reyes de que fueran víctimas de un suceso parecido: «antes deven creer a los físicos en medicina que no melezinarse por las esperiencias de torpes».[68] Consejo que debió caer en desierto, pues según Urdemalas la teórica excelencia que debería caracterizar a los médicos reales no se da en la práctica, opinión que ya conocemos por el testimonio citado de Daza Chacón, a lo cual nuestro autor añade ahora la causa y el remedio:

> PEDRO. —¿Luego pensáis que los médicos de los reyes son los mejores del mundo?
>
> MATA. —¿Y eso quién lo puede negar que no quiera para sí el Rey el mejor médico de su reino, pues tiene bien con que le pagar?
>
> PEDRO. —Y aun eso es el diablo, que los pagan por buenos sin sello. Si la entrada fuese por examen, como para las cáthedras de las Universidades, yo digo que tenéis razón; pero mirad que van por fabor, y los pribados del Rey le dan médicos por muy buenos, que ellos, si cayesen malos, yo fiador que no se osasen poner en su manos, no porque no haya algunos buenos, pero muchos ruines, y creedme que lo sé bien como hombre que ha pasado por todas las cortes de los mayores prínçipes del mundo. Ansí como en las cosas de por acá es menester más maña que fuerça, para entrar en casa del Rey, más industria que letras... (p. 199)

Es evidente que el autor del *Viaje* está motivado por un interés directo en la cuestión. En su ansiedad por demostrar

---

[68] Cit. por José María Millás Vallicrosa, *Nuevos estudios sobre Historia de la ciencia española* (Barcelona, C.S.I.C., 1960), p. 298.

que el favoritismo es una práctica generalizada cuando se trata de nombramientos de médicos reales, Urdemalas saca a relucir una fuente de ese conocimiento que el texto no justifica —Urdemalas no ha pasado por todas esas cortes. La exageración traduce muy probablemente una experiencia más imputable al autor que a Urdemalas. De cualquier modo, lo importante es que la queja se concreta en el caso de la corte española. El autor entiende que es necesaria una regulación en este sentido, como la que ya existe para las universidades. Turquía es una vez más el escenario de una acción novelesca de cuyo comentario se extraen conclusiones que apuntan directamente a España.

En el siglo XVI la separación profesional de médicos y cirujanos era estricta. Esta separación, practicada ya en la medicina griega,[69] quedó consolidada entre los árabes. Así Avenzoar, insistiendo en una opinión ya generalizada, definía a los cirujanos como meros ayudantes técnicos de los médicos.[70] Esta situación no se alteró en la medicina medieval cristiana, que recalcó insansablemente la bajeza del oficio quirúrgico. Ello se basaba en dos motivos principales: en primer lugar la aversión eclesiástica a las sangrías, definida ya en el Concilio de Tours (1163) con su famosa máxima «Ecclesia abhorret a sanguine».[71] En segundo lugar, la indignidad que comportaba el uso de las manos en el trabajo («inhonestum magistrum in medicina manu operari»). En la Baja Edad Media la separación llegó a sancionarse oficialmente en algunas universidades tomando juramento solemne a sus graduados

---

[69] Una interesante discusión del problema desde la perspectiva de la época es la de Tommaso Garzone en *La Piazza universale di tutte le profesioni del mondo*, cuyo séptimo discurso trata «De' cirugici». Garzone contrasta la baja dignidad de los cirujanos modernos con la de los antiguos, donde, afirma, eran mucho mejor estimados socialmente (ed. Paolo Cherchi, Nápoles, Fulvio Rossi, 1972, pp. 521-2).

[70] Leclerc, II, 87.

[71] F. H. Garrison, *History of Medicine*, p. 113.

de que nunca operarían «cum ferro et igne».[72] La oposición de los cirujanos a esa separación se remonta a Abulcasis, cirujano de Abderramán III, quien ya se lamentaba de la deshonra inmerecida con que se veía su oficio.[73] Las protestas continuaron en Occidente por boca de los primeros cirujanos ilustres de la medicina cristiano-europea: Lanfranc, Bruno de Longoburgo y Guy de Chauliac. Pero a pesar de ello los médicos titulados insistieron en la separación jerárquica como elemento fundamental para elevar su dignidad. Ni siquiera la oposición que a ese estado de cosas mantuvieron Vasalio y Paré logró terminar con una discriminación que pervivió de algún modo hasta bien entrado el siglo XVIII.[74]

Resultado de esa tensión, los pleitos entre cirujanos y médicos fueron numerosos, y el *Viaje es* una buena muestra de ello. Las disputas médicas de Pedro de Urdemalas tienen también como objetivo definir claramente las competencias pro-

---

[72] P. Laín Entralgo, *Historia de la medicina*, pp. 236 y ss. En realidad con ello no se hacía otra cosa que formalizar académicamente una exclusión contenida ya en el *Juramento* hipocrático: «No practicaré la operación de la incisión, que dejaré a las gentes que se ocupan de ella» (*Oeuvres completes*, VI, 631).

[73] Abulcasis, médico de Abderramán III y el mayor de los cirujanos árabes, se quejaba del estancamiento de su profesión: «La cirujía no florece en nuestro país» (Cit. por J. M. López Piñero, *Medicina, Historia, Sociedad*, Barcelona, Ariel, 1969, p. 66).

[74] Cf. *Dioscórides*, p. 4. Aún más explícito es Jorge Enríquez, que se refiere a «los daños que hacen los imperitos y vulgares que usaban del arte, y cómo debían ser castigados. Muestra el poco cuidado de la justicia en castigar a los malos profesores, y lo mal que hacían en premiar al médico indocto, siendo ésta la causa porque no floreciese la medicina y hubiese tan pocos sabios» (Cit. por Morejón, II, 390). Las Cortes de Madrid de 1570 se refieren al mismo problema: «Otrossí, porque de dar los protomédicos títulos a algunos cirujanos para curar solamente algunas enfermedades, se siguen daños muy grandes, porque so color desto curan de todas las que se ofrecen y no ay ninguno que sepa si el título que tienen es limitado en general». (Cit. por R. Muñoz Garrido, *op. cit.*, p. 39). Cf. p. 51. Cf. A. Castiglioni, *History of Medicine*, pp. 337 y 403; Charles O'Malley, *Andreas Vesalius of Brussels* 1514-1564 Berkeley, Univ. of California, 1964), p. 319; F. H. Garrison, p. 113.

pias del médico y las del cirujano. Nuestro héroe se revela como firme defensor de la estricta separación defendida tradicionalmente por los médicos. Estos, dice Urdemalas, «son los verdaderos çirujanos» (p. 227), porque ellos son los únicos que conocen el *ars medica* que les permite conocer las causas y la esencia de toda enfermedad. El oficio de çirujano, continúa Urdemalas, es similar al oficio de verdugo: del mismo modo que éste no entiende de leyes ni sentencias, asuntos que competen solamente al corregidor,

> ansí el médico ha de guiar el çirujano: corta este braço, saxa este otro, muda esta vizma, limpia esta llaga, sangradle porque no corra allí la materia, poned este ungüento, engrosa esa mecha, dadle de comer esto y esto, en lo que mucho consiste la cura (pp 227-8).

El papel del cirujano se limita pues al de ser el ayudante técnico del médico. Urdemalas se escandaliza de la pretensión de algunos de ellos que se llaman a sí mismos bachilleres y aun licenciados en cirugía. Estas son denominaciones tan absurdas, dice Urdemalas continuando con la malintencionada analogía de cirujanos y verdugos, como llamar a uno de éstos «graduado en ahorcar y descuartizar» (p. 228). El título en cirugía es impensable porque no posee categoría suficiente para merecerlo, siendo como es una actividad manual que no comporta saber alguno. En fin, concluye Urdemalas sarcásticamente, esa vana aspiración suya de creerse con derecho a un título académico es después de todo comprensible si uno considera el *curriculum vitae* de un gran número de ellos:

> Pues ansí son éstos, que estudiaban Súmulas y Lógica para médicos, y como no valían nada quedáronse bachilleres en artes de *tibi quoque;* sus padres no los quieren más probeer, porque ven que es cojer agua en çesto, y otros aunque los probean, de puro olgaçanes se quedan en medio del camino, y luego compran un estuche, y alto, a emplastar incordios, quedándose con aquel encarar a ser médicos (p. 228).

Tras los razonamientos de Urdemalas hallamos nuevamente la preocupación del profesional de la medicina por un es-

tado de cosas en España que no se conforma con sus ideas. Nuevamente Mata nos refiere a la situación «de acá», hablando de la frecuencia con que los médicos ignorantes ponen a sus pacientes en manos de los cirujanos, dejando que éstos los curen y les receten sin supervisión alguna por parte del médico. Ello es una enorme temeridad, explica Urdemalas. Porque al fin y al cabo los errores del médico pueden ser reparados por la *vis medicatrix* de la naturaleza (El mayor mal que puede hacer el buen médico se limita pues a retrasar la curación); el cirujano en cambio puede torcer negativamente el curso de una herida —«quando quiere ahonda la llaga; quando quiere la ensuçia» (p. 189)— lo que puede tener fatales consecuencias. Urdemalas se dirige entonces a las autoridades pidiendo que cesen esos abusos. Porque «esa es una gran maldad, y mayor de los que lo consienten» (p. 227). Y así, del mismo modo que Laguna pide a los Magistrados y Gobernadores de Repúblicas que se desvelen en «conocer y reprimir aquellos lobos encarniçados de sangre humana»,[75] nuestro autor exige «pues no escarmientan por el miedo de ofender a Dios, que la justiçia, los castigase» (p. 227). A esta demanda a las autoridades para que se regule legalmente la delimitación de funciones de médicos y cirujanos asiente convencido Votoadiós, quien llega a solicitar indirectamente la mediación de la corona en el conflicto: «Está tan bien dicho, que si me hallase con el Rey le pediría de merçed que mandase poner en esto remedio, como en los salteadores, porque deben de matar mucha más gente» (p. 228).

Pero con legislación o sin ella, Urdemalas afirma con orgullo «que donde yo estoy no consiento nada desto, si lo puedo estorbar» (p. 229), palabras que hemos de creer, pues en efecto quedan corroboradas por su actuación como médico en Turquía. Desde su iniciación al ejercicio de la medicina entre sus compañeros cautivos, Urdemalas hace valer su condición superior a los barberos: «yo pedí de merced que los barberos me fuesen subjetos, lo qual no querían, antes se me alzaban

[75] *Dioscórides*, p. 4.

a mayores» (p. 159). Lo que finalmente consigue, venciendo la oposición del sobrebarbero. Este, de quien Urdemalas nos dice no sabía «nonada» de medicina, es por cierto el mismo «cirujano viejo» en cuyas manos se había puesto el pachá durante doce años sin lograr mejoría alguna de su asma; antes bien «le daba poco remedio y los açidentes cresçían» (p. 168), motivo por el cual Urdemalas es llamado a consulta. Una vez al servicio de Sinán Bajá, Urdemalas protagoniza una escena que ilustra magníficamente la sumisión que exige de sus subordinados los cirujanos. Ocurre que tras la intervención quirúrgica que alivia con éxito la hidropesía de Sinán Bajá, el cirujano que la ha realizado (naturalmente bajo el estricto control de Urdemalas) se cree por ello de condición comparable a Urdemalas. La reacción de éste no se hace esperar:

> Ansí tenía aquellos çirujanos del Baxá, que ninguna cosa hazían sino la mandaba yo primero. El cirujano judío era algo fantástico y quísoseme alçar a mayores porque se vio faboresçido; mas yo luego le derribé tan baxo quan alto quería subir; en fin, determinó mudar costumbre y hízose medio truhán, que deçía algunas graçias (p. 229).

El mismo deseo de supervisión y control extiende Urdemalas a la actividad de los boticarios. La farmacopea árabe conoció un desarrollo tan notable gracias a la preferencia de sus médicos por las medicinas compuestas que a pesar de la decadencia seguían teniendo cierto prestigio. Urdemalas reconoce aquí un único punto de superioridad turca. Las boticas de Constantinopla, dice, son «más y mayores, y aun mejores» que las de España (p. 160). Un aspecto de su funcionamiento le merece especial admiración, y ello es que en Turquía los médicos acostumbran a comprar los ingredientes de un fármaco para luego prepararlo ellos mismos. Esto redunda en un mayor control de los médicos sobre la práctica médica, razón por la que Urdemalas acoge esta costumbre con entusiasmo. Desde el principio de su carrera médica Urdemalas refiere cómo «algunas [medicinas] me hazía yo» (p. 204). En la curación de la sultana, la confianza en sus propias habilidades se junta

con la desconfianza en las de los demás —Urdemalas teme un envenenamiento de la sultana— y así decide «hazerle un jarabe de mi mano porque de nadie me fiaba» (p. 199). Al final de ese proceso Urdemalas proclama orgullosamente el dominio que ha alcanzado en la preparación de medicamentos, que le permite preparar todos los que necesita con su propia mano:

> ...y de allí adelante me començé a recatar más, y todas las mediçinas que eran menester las hazía delante de Rustán Baxá yo mesmo junto al aposento de la Soltana. Llebándome en la fratiquera los materiales que yo mesmo me compraba en casa de los drogueros (p. 201).

En el ánimo del autor está sin duda presente el abuso de los boticarios que, excediéndose en sus funciones, tendían con frecuencia a recetar por su cuenta sin consentimiento del médico. Fenómeno éste de larga tradición —ya el médico egipcio El Abiry (s. XII) advertía a los boticarios que no debían inmiscuirse en medicina, sino declarar su ignorancia [76]— que en la España del siglo XVI debía de revestir cierta gravedad, a juzgar por la denuncia de Antonio de Torquemada, quien escribía: «lo que los médicos hacen, ellos lo dañan, ellos destruyen la buena cura».[77] Así ocurre en el *Viaje*, donde el responsable de la muerte de Sinán Bajá, que le proporciona el fatal purgante que acaba rápidamente con él, no es otro que un tal Elías, «un judío boticario que se hazía médico» (p. 236). El suceso ilustra por sí solo nuevamente el riesgo que entraña la práctica de la medicina por gentes sin cualificar.

La ética médica es un aspecto fundamental de la medicina que ya quedó definida en la antigüedad por el nunca olvidado *Juramento* de Hipócrates.[78] El espíritu desinteresado y socialmente responsable que éste exigía a todo profesional de la medicina se vio reforzado en la Europa medieval por la moral del cristianismo y su énfasis en la práctica de la caridad. Pero a

---

[76] Leclerc, II, 218.
[77] Cit. por L. Granjel, *Humanismo y medicina*, p. 106.
[78] *Oeuvres completes*, IV, 628-33.

esa actitud vino a enfrentarse otra de signo opuesto: el despertar de la conciencia individual y materialista que crecía paralela al desarrollo bajomedieval de la burguesía.[79] Ya los versos anónimos de la Escuela de Salerno llamaban la atención de ciertos colegas que entienden su oficio más como negocio que como servicio a la comunidad y concluye:

Hic dum lucra quaerit, virtus in arte perit [80]

un motivo sobre el que insistió después Arnau de Vilanova, que lo parafrasea diciendo: «Quien no para saber, sino para lucrarse aprende, hácese abortivo contra la facultad que elige».[81] Pero al mismo tiempo médicos de la categoría de Lanfranc o Mondeville no tienen reparos en recomendar a sus colegas que no se arredren en demandar buenos honorarios a sus pacientes ricos, e incluso los previenen contra los trucos habituales de los clientes morosos que se niegan a pagar.[82] Un médico de la época veía pues entre sí un objetivo bifurcado: por un lado el creciente deseo de fama y riquezas, cada vez más accesibles; por el otro la satisfacción de una conducta desenteresada exigida a un tiempo por su oficio y por la religión. ¿En qué medida la conducta de Urdemalas se acerca a una u otra opción? Tras la experiencia médica de nuestro médico autodidacta se revelan los esfuerzos del autor por lograr un difícil equilibrio entre ambas.

Conviene distinguir tiempo y lugar. Cuando Urdemalas practica la «medicina pauperum» como médico de cautivos no sugiere ni por un momento la idea de obtener un beneficio material de ello. En la más estricta ortodoxia cristiana e hipocrática, se dedica a la medicina con todo su esfuerzo, desinteresadamente. Esta situación cambia cuando su clientela pertenece a la clase adinerada. Tras algunas experiencias primeri-

---

79 P. Laín Entralgo, *Historia de la medicina*, pp. 238-9.

80 A. Castiglioni, *History of Medicine*, p. 395.

81 *Parábolas de meditación*, ed. E. García del Real (Madrid, Cosano, 1936), II, 10.

82 P. Laín Entralgo, *Historia de la medicina*, pp. 238-9.

zas en que por su bisoñez es engañado por los pacientes que prometen mucho y luego no dan nada, Urdemalas se apresta a mudar hábito. Siguiendo los consejos de Lanfranc, exige sus honorarios desde la primera visita «y si no me pagaban, luego les dezía que no iría más allá y siempre me daban algo» (p. 204).[83] Con sus pacientes morosos en el pago Urdemalas ha de hacer gala de su astucia nominal. Así en el caso del mercader turco, quien tras ser curado continúa fingiéndose enfermo para prorrogar el pago final de emolumentos. Después de un arreglo con su boticario y un paje del mercader, Urdemalas logra al fin el pago a sus servicios mediante una estratagema, por la cual le vende un frasco vistoso del amarguísimo jarabe *gerapliega logadion* a un precio sobrecargado. El autor una vez más remata la escena con el mejor humor burlesco:

> MATA. —Pues sé que aquel no estaba de parto ni quería parir, ¿para qué le dabais medíçinas de mal de madre?
> PEDRO. —Para que pariese aquellos tres ducados y no volver más allá, perdonándole la resta (p. 207).

Las circunstancias especiales en que vive Urdemalas también han de tenerse en cuenta. Su condición de esclavo sin ningún tipo de ingresos le empuja con apremio a requerir dinero por sus servicios. En todo caso, su propósito no es hacerse rico, sino pagar a sus guardianes y comprar alimentos que comparte después con los otros caballeros cautivos. Las sisas y pequeños engaños, se disculpa Urdemalas, son comunes entre cautivos y vienen en gran manera dictadas por la necesidad.[84] Pero hay límites claros. Cuando Urdemalas refiere el fácil acceso que como médico tenía a las casas de privados, nobles y comerciantes, Mata le pregunta si en alguna ocasión se aprove-

---

[83] Urdemalas dice al alamín enfermo: «Díle que no soy esclabo suyo, sino de Zinán Baxá; que me pague y yo le daré sano si Dios quisiere» (p. 174).

[84] El hurto de mangos de palas y azadas que Urdemalas y sus compañeros llevan a cabo es insignificante: «nos daban tres o quatro ásperos por cada una, que había para una olla» (p. 190).

chó de esa situación para hurtar en ellas. La respuesta es contundente: «No me lo demandará Dios eso, porque jamás me pasó por el pensamiento, como fuese pecado, que si se sabía perdía la honrra y crédito» (p. 190). No podía ser menos. El autor sabe que una acción tal implicaría trasgredir las palabras del *Juramento:* «En cualquier casa que entre, lo haré sólo por el bien de los enfermos, absteniéndome de toda mala acción voluntaria y corruptora».[85]

La misma diferenciación existe en lo concerniente al tratamiento de los enfermos. Vives se quejaba de la frecuencia con que muchos médicos buscaban alargar la curación del paciente para sacarle más dinero,[86] una acción que Urdemalas califica de indigna. Es cierto que en una ocasión él trata de conseguirlo sin éxito, pero se trata de una especialísima situación, ya que la visita al enfermo era la única manera en que Urdemalas puede escapar brevemente a los penosos trabajos de la construcción del palacio. Por otra parte la enfermedad en cuestión no revestía particular gravedad. Otro hábito denunciado por Vives consistía en culpar a la desobediencia del paciente por la ineficacia de un tratamiento prescrito por el médico, tratando con ello de eximir su responsabilidad en el fracaso.[87] Urdemalas confiesa que a ciertos pacientes aquejados de males incurables, «quando veía que no podía salir con la cura, habiendo hecho todos los remedios que hallaba es-

---

85 *Oeuvres completes,* VI, 631.

86 «Quid ergo de illis dicam, qui aviditate lucri morbos differunt, quo nihil cogitari potest inhumanius!» (*De disciplinis,* IV, VII. *Opera amnia,* VI, 385).

87 Práctica objetable también condenada por Vives: «nec deest quo flagitio suo praetextant; aegri inobedientiam» (*De causis,* V. *Opera omnia,* VI, 200). La cuestión en todo caso es muy antigua, pues la discutió Hipócrates en *Del arte.* En la séptima objeción, que trata de las terminaciones funestas de las enfermedades, Hipócrates se defiende de quienes culpan por ello a los médicos: «éstas son imputables más a la indocilidad de los enfermos que a la inhabilidad de los médicos» (*Oeuvres completes,* VI, II).

critos» (p. 205), optaba por deshacerse de ellos mediante el famoso *gerapliega logadion,* de sabor tan amargo que Urdemalas sabe ningún paciente lo tomará con la frecuencia prescrita. Pero nuevamente Urdemalas se encarga de matizar sustancialmente los casos en que actúa con engaño:

> JUAN. —¿Y a todos curábais des'arte en qualquier enfermedad?
>
> PEDRO. —Nunca Dios tal quiera, que los que estaban de peligro curábanse como era raçón; pero los males viejos incurables han manester maña (p. 206).

La defensa de la ética médica de Urdemalas halla su momento culminante en un incidente clave ocurrido durante la curación de la sultana. Un caballero renegado, que dice ser espía del emperador, viene a proponerle que lleve a cabo el envenenamiento de la sultana, que como médico le será fácil de realizar y por lo cual recibirá de él cuatrocientos escudos con que podrá comprar la deseada libertad. Pero ni lo atractivo de la recompensa consigue calmar un punto la indignación de Urdemalas, quien se enciende en ira nada más escuchar la propuesta, moteja al renegado de traidor e infame, lo amenaza y a punto está de agredirle (p. 200). Poco después, Rustán Bajá, con intención de probar a Urdemalas, lo llama a una consulta del mismo tipo, pidiéndole sugerencias para envenenar a una esclava de la sultana que según él ha provocado varios pleitos familiares. El tono de su respuesta no puede ser el mismo de antes, habida la condición de Rustán Bajá, pero la negativa de Urdemalas no es menos rotunda:

> respondíle que mi facultad era medicina, que serbía para sanar los que estaban enfermos y socorrer a los que habían tomado semejantes venenos, y si desta se quería servir yo lo haría, como esclabo que era suyo; pero lo demás no me lo mandase, porque no lo sabía, y los libros de mediçina todos no contenían otra cosa sino cómo se curará tal y tal açidente (p. 200).

La contestación al renegado insiste en la bajeza moral de un crimen tal, que lo hace ofensa directa a Dios. Esta última es

en cambio una nueva paráfrasis del *Juramento* hipocrático, que se refiere a la cuestión en términos nada ambiguos: «Jamás proporcionaré veneno alguno a nadie, incluso si me lo piden, ni tomaré la iniciativa de una sugerencia parecida».[88]

El autor del *Viaje* quiere demostrar pues que en los aspectos esenciales de la práctica médica no hay compromiso ni dejación posible. El astuto Urdemalas, que ha de vivir la coyuntura extrema de la cautividad, muestra un comportamiento fiel a la doble directriz religiosa y profesional. Como hombre de su época, la aspiración al bienestar y la fama individuales no le son ajenas, y el autor dibuja el perfil de un protagonista que ciertamiento estima ambos en lo que valen. Pero todo ello sin alterar su observancia fiel a una ética cuyo objetivo primario es el bienestar de los enfermos.

VI. Defensa de la Medicina

Las burlas y denostaciones de los médicos y de su arte son fenómenos tan antiguos como la medicina misma, y la sátira antimédica puede contarse por ello entre los tópicos literarios de mayor tradición. Nada hay pues de extraño o novedoso en la existencia de un sentimiento antimédico en el siglo XVI. Pero ya las conciencias sensibles de la época no dejaron de registrar su preocupación por la peculiar intensidad y acritud con que ese sentimiento se estaba generalizando entre todo tipo de gentes. Juan de Zabaleta lo refiere así:

> Pero es tan desgraciada esta facultad que no parece entendido el que no dice mal de ella, que no parece que escribe bien el que contra ella no escribe, que no parece gracioso el que a todas horas no la muerda y en fin, no se tiene por buen moro el que no le da una lanzada.[89]

---

[88] *Oeuvres completes*, IV, 631.

[89] *Errores celebrados*, ed. Clás. Cast. (Madrid, 1972), p. 185. La misma idea se encuentra en Pero Mexía: «También sé yo días ha que tenéis por gala de decir mal de abogados y de médicos». *Coloquios*, ed. cit., p. 311.

El recurso no menos tradicional para enfrentarse a esta creencia consistía primeramente en una diferencia clara entre la bondad incuestionable del arte mismo y el malhacer de algunos o muchos de sus practicantes. Este razonamiento distintivo, inventado por Hipócrates, se vio repetido una y otra vez por multitud de profesionales de la medicina, y en el siglo XVI también por humanistas alarmados por la frecuencia de los ataques contra el arte médico. Pero Mexía escribe:

> Y si en esto y en las otras cosas hay algunos indiscretos médicos o malos artífices, no por eso hemos de reprobar a los buenos ni al arte que de sí es buena, santa y provechosa, sino procurar que todos sean cuales convienen y rogarlo así a Dios.[90]

Sentar la diferencia entre buenos y malos médicos ha sido una constante de los médicos mismos, como primeros interesados en incluirse en el grupo de los primeros y medir bien la distancia que los separa de los segundos. La dureza del lenguaje usado por Urdemalas en el ataque a sus colegas no debe sorprendernos, ya que ello venía siendo práctica habitual de los médicos desde Galeno.[91] Incluso la acusación de asesinos para los malos médicos era tópica entre las disputas de profesionales. Así, a un Rabelais no le dolían prendas al referirse a los médicos ignorantes, quienes, dice, «hacen sus experiencias matando a las gentes, de donde resultan más peligrosos que la enfermedad».[92] Del mismo modo Urdemalas aconseja malicio-

---

90 Cf. P. Mexía p. 334. Naturalmente afirmar la escasez de algo es un modo indirecto de valorarlo más, según el tópico *pretiosius quod rarum*. Cicerón afirmaba que el número de oradores buenos —y él se consideraba uno de ellos— siempre había sido muy escaso (*De oratore*, I, 3, 11), afirmación que Petrarca hace suya en lo referente a los buenos poetas (*Invective*, pp. 870 y 910). El tópico, aplicado a la profesión médica, fue el tema de un tratado del médico egipcio Ibn el aïn Zerby (s. XII) titulado *De la rareza de los buenos médicos y la abundancia de los malos* (Cf. Leclerc, II, 52).

91 Galeno acostumbraba a exaltar sus propias habilidades y criticar las de sus colegas. (A. Castiglioni, *History of Medicine*, p. 219).

92 Cit. por Osvaldo Loudet, *Humanistas y médicos en el Renacimiento* (Buenos Aires, Nova, 1961), p. 92.

samente a Sinán Bajá que para vengarse de sus enemigos los españoles no habría método más eficiente que enviar a sus médicos judíos a España para que ejerzan allí la medicina, porque «verdaderamente en pocos años matarán más que todo el ejército del Turco» (p. 210). Lo que sin embargo ningún médico podía admitir era una descalificación global del oficio de médico y de quienes lo ejercían. Las palabras de Zabaleta citadas verifican que esta opinión se había generalizado preocupantemente, y el *Viaje* no deja de advertirlo. Mata se sorprende de que Urdemalas tuviera que estudiar para ser médico, sorpresa que razona así: «Si el oficio de médico, al menos el vuestro, es matar, ¿no lo hará mejor cuanto menos estudiare?» (p. 146). Ya hemos visto en qué medida la actuación de Urdemalas busca desmentir esa afirmación. Pero el autor tiene aún algo más que decir al respecto.

Nadie discutía en efecto la bondad y el provecho inherentes a la buena medicina. No ocurría así en cambio con el status intelectual de la Medicina, su situación en relación a las demás artes y ciencias, aspectos que fueron tema de agrios debates. Entre toda la literatura medieval y renacentista de tendencia antimédica sobresale una obra en especial que, por la fama de su autor, tuvo una inigualada resonancia en los siglos siguientes a su aparición: se trata claro está de las *Invective contra medicum* de Francesco Petrarca, colección de cuatro tratados dirigidos a un médico no identificado (¿quizá Guy de Chauliac?) con el cual el insigne poeta y humanista mantuvo una larga polémica.[93] Petrarca afirma y repite que en él no hay ninguna animosidad contra la medicina. Manteniendo la clásica diferenciación que conocemos entre el arte médico

---

[93] Antonietta Bufano explica así el origen de las *Invective:* Clemente VI cayó enfermo en Avignon en 1352, donde recibió una carta de Petrarca previniéndole contra los consejos médicos, que con sus discordias continuas hacen peligrar la salud del enfermo (*Familiares,* V, 19). La carta llegó a manos de uno de los médicos que atendía al Papa, quien la rebatió con una carta pública en la que se atacaban las

(artificium) y sus practicantes *(artifices)*, y aún más entre los diversos tipos de estos últimos, Petrarca dice atacar solamente a los malos representantes;[94] llama *vir doctissimus* a Hipócrates y a Galeno como seguidor suyo, y saca a relucir la admiración y profunda amistad que le une a muchos médicos. Sin embargo el nombre de Petrarca quedó desde un principio asociado a los denostadores de la medicina, y no sin razón. A pesar de las sutilezas y matizaciones esgrimidas por él para defenderse de la acusación de estar prejuiciado contra los médicos, las *Invective* resultan ser, si no una obra estrictamente «antimédica», sí al menos una obra que cuestiona significativamente las ínfulas y excelencias que los profesionales de la medicina venían pregonando de su oficio. Dos siglos después de su aparición, las resonancias de las *Invective* continuaban vivas, y una lectura del *Viaje* nos remite ineludiblemente a ellas.[95] Nuestro autor ha tomado nota de las cuestiones más importantes debatidas por Petrarca con la intención de refutarlas y añadir sus propias conclusiones. Veamos en qué modo.

Dos argumentos se manejaban en el Renacimiento para probar la nobleza del arte de curar, que podemos llamar divino y humano. El primero, de origen griego pero pronto cristianizado, defendía el carácter sagrado de la medicina, basado en su origen divino según lo afirmaba el texto bíblico: «Altissimus de terra creavit medicamenta» (*Eclesiást.*, XXXVIII, 4).

---

ideas de Petrarca. Este contestó a su vez con la primera *Invectiva*. La polémica continuó durante varios años, a lo largo de los cuales Petrarca escribió tres *Invective* más *(Invective*, p. 821 n.).

94 «Ergo quidem —nam nemini— non artificium sed artifices improvavi, eosque non omnes. sed procaces atque discordes» (*Ibid.*, p. 820). Motivo sobre el que se insiste varias veces (pp. 836, 844, 868 y 913).

95 Hay motivos suficientes para creer que el autor conoció directamente el texto de Petrarca. Además de las cuestiones sobre el valor y la práctica de la medicina, en el *Viaje* se recogen dos anécdotas de las *Invective:* la del pintor que decide hacerse médico, ya citada, y la de Aníbal y el sabio de Atenas (*Viaje*, pp. 460-61; *Invective*, p. 838).

Petrarca combatió la pretendida exclusividad de este origen en el caso de la medicina. ¿No es al cabo todo lo creado obra directa de Dios? ¿Qué tiene de especial la medicina que no pueda ser aplicado a cualquier arte mecánica? A la cita del *Eclesiástico* Petrarca contesta con las palabras iniciales del mismo libro: «Omnis sapientia a Deo est».[96] Lo cual hubo de tener cierta efectividad, porque el uso de este argumento decreció considerablemente a partir de entonces. Con todo, la idea de que hay algo divino en el oficio de curar, basada en la analogía de Dios como protector y médico de sus criaturas, toma cuerpo en el siglo XVI con curiosas variantes. Laguna razona ingeniosamente que el arte medicinal ha desvelado tantos misterios naturales que a la fuerza tuvo que nacer movido por inspiración divina, pues sola la mente humana no hubiera bastado a ello. [97] Zabaleta entiende que el médico es un mediador de la función protectora de la Providencia.[98] Entre los poe-

---

[96] *Eclesiástico*, I, 1. Cit. por Petrarca, *Invective*, p. 832.

[97] «Tiénese por averiguado entre todos los escritores, así griegos como latinos... que el inventor de la Medicina fue sólo Dios inmortal, como cierto va fundado en razón, pues parece cosa imposible que un hombrecillo bozal y formado de un poco de lodo, el cual apenas ve lo que tiene delante, pudiera de sí mismo comprender o alcanzar tantos y tan sublimes misterios cuantos contiene el arte Medicinal, si el que le dio vida y ser no se los declarara. Por donde se persuaden que aquel sumo Arquitecto nuestro y fabricador del mundo universo luego que formó el hombre, conociendo las flaquezas y enfermedades a las cuales había de ser sujeto, como padre piadoso le enseñó los remedios contra ellas» (*Dioscórides*, p. XXII). La misma idea en Luis de Toro: «Así, pues, siendo la más antigua de las artes, su origen traspasa la memoria de los hombres; se colige esta verdad de la arraigada opinión de algunos sabios... que, con la misma luz del mundo creado y con el primer conocimiento de las otras infinitas cosas, fue la Medicina revelada por el Sumo Omnipotente Dios al primer hombre, Adán, padre de toda la posteridad, y de él derivó a ésta a modo de derecho hereditario». (*De la fiebre epidémica y nueva, en latín punticular, vulgarmente tabardillo y pintas*. Ed. Enrique Fernández Sanz, Madrid, Cosano, 1941, pp. 8-9).

tas, finalmente, Ronsard celebra a su admirado Paré recordando el carácter divino de toda curación,

> Car c'est imiter Dieu, que guérir et pouvoir
> Soulanger les malheurs de notre humaine race.[99]

Es comprensible que en el *Viaje* no hallemos rastro de la Providencia o carácter divino del arte médico. Más que a la acertada crítica de Petrarca, esta ausencia debería atribuirse a la consistente separación que nuestro autor mantiene entre la Providencia y el mundo natural. Por esta razón se pone el énfasis en el argumento humano. La idea de éste es la proverbial utilidad social del médico, que Homero había ensalzado en su archirrepetido verso «un solo médico vale por muchos hombres» (*Ilíada*, XI, 514). El *Corpus hippocraticum* sancionó el carácter iatrocéntrico de la medicina, es decir la utilización práctica del saber médico.[100] Su validez no necesitaba de más explicaciones, pues quedaba avalada por los resultados tangibles de su acción: los médicos curan las enfermedades y ayudan a conservar la salud. Este aserto, al menos teóricamente incuestionable, había recibido el dardo venenoso de Petrarca, quien sin negar completamente la utilidad del arte médico («non inutile artificium», la llama con litotes poco entusiasta), intenta no obstante rebajar considerablemente los méritos curativos que para sí reclaman los médicos. Estos «usurpado-

---

98 «El médico, en fin, que es médico, es digno de grande estimación porque es el conductor por donde Dios envía a los enfermos un bien tan precioso como la salud; es el instrumento de que usa la mano de Dios para hacer el mayor de los bienes corporales, y es, en la tierra, como una cosa soberana que se anda haciendo vidas» (*Errores celebrados*, ed. David Hershberg, Madrid, Clásicos Castellanos, 1972, p. 186).

99 *Oeuvres completes*, ed. Paul Laumonier (Paris, Hachette, 1914-19), VI, 438.

100 P. Laín Entralgo, *Historia de la medicina*, p. 72.

res», denuncia Petrarca, se atribuyen graciosamente acciones imputables sólo a Dios:

> Cristus autem, in cuius manu salus hominum sita est, salvum illum, ignorantibus omnibus vobis, fecit... Vos, Dei beneficium et complexionis ac nature sue laudem usurpantes, videri vultis illum a mortuis suscitasse.[101]

Si Homero era el recurso favorito de la literatura promédica, Plinio el Viejo había proporcionado la cita preferida a sus adversarios, con la famosa mención de que Roma había vivido felizmente varios siglos sin médicos. Este hecho, recogido y subrayado por Petrarca naturalmente, había alcanzado una popularidad tan alarmante que Zabaleta lo incluyó entre sus *Errores celebrados* del siglo XVI.[102] La medicina hipocrática del Renacimiento reaccionó a las denuncias petrarquescas con un énfasis en el valor práctico-curativo de su actividad. Francisco Fernández Orihuela exaltaba así el papel benefactor de la medicina en un epígrafe al médico Antonio Aguilera:

> Qui fortunae pravae jactus effugere curas
> Verae fortunae habes amice librum
> Gratum opus medicis morbis remedia tradens.[103]

---

[101] *Invective*, p. 824. En la misma idea insiste Coluccio Salutati, pero adjudicando la responsabilidad a la naturaleza, y no directamente a Dios: «medicinalis scientia pollicetur, ars, vero, licet adiuvet, non efficiet, sed natura» (*De nobilitate legum et medicinae*, ed. Eugenio Garin, Florencia, Vallecchi, 1947, p. 200). El médico interviene en la salud por tanto sólo accidentalmente: «Est enim illud Dei donum et nature, quam medicus adiuvat, opus, et arti vel scientiae medicine, non de per se, sed per accidens tribuendum» (*Ibid.*, p. 30).

[102] Plinio, *Historia Naturalis*, XXIX, 5, 11. Petrarca, *Invective*, p. 930. Salutati se refiere también a otros pueblos contemporáneos que viven sin necesidad de medicina: «nec hac vestra, quam logicen [sic] dicitis, opus esse, plurime nationes etiam nostris temporibus sunt exemplo, que sine medicis vivunt, egrotant, liberantur et his istis longe felicius qui medicis adhibitis procurantur» (*De nobititate*, p. 152). Zabala, *Errores celebrados*, pp. 180-186.

[103] Cit. por Morejón, III, 170.

Esta es la misma idea que inspira al autor del *Viaje*. La definición de medicina que da Urdemalas coincide con las de Chirino, López de Villalobos, Laguna, Fernel y tantos otros en destacar precisamente este aspecto: es un arte que sirve para sanar a los que están enfermos.[104] Claro que en última instancia todo es atribuible a Dios. El autor del *Viaje*, como buen creyente, así lo reconoce con las frases tópicas del tipo «y quiso Dios que sanó» (pp. 159, 194, 231). Por otra parte el autor reconoce como buen hipocrático que la propia naturaleza tiende con su *vis medicatrix* a la curación de las enfermedades. Pero el papel activo del médico, del «coadjutor de natura», alcanza toda la relevancia que de él podía esperarse. Desde el inicio de su carrera médica Urdemalas resalta su efectividad. Gracias a él el número de muertos entre los cautivos enfermos disminuye espectacularmente; Urdemalas logra escapar de la peste; la sultana y Sinán Bajá superan sus enfermedades, etc. Urdemalas declara orgullosamente su responsabilidad en esas curaciones, lo cual es capaz de probar mediante la explicación detallada de cada proceso enfermatorio, su diagnosis y su

---

104 «Que mi facultad era medicina, que serbía para sanar los que estaban enfermos y socorrer a los que habían tomado semejantes venenos... y los libros de medicina no contenían otra cosa sino cómo se curará tal y tal açidente» (p. 200).
Definiciones similares se hallan en Alonso Chirino (*Menor daño de Medicina*, p. 123); J. Fernel (cf. L. Figard, *Un médicin philosophe au XVI^e siècle. Etude sur la psychologie de Jean Fernel*, Paris: Félix Alcan, 1903, p. 57) y en el *Sumario de la Medicina* de Francisco López de Villalobos:

> Y digo primero que la Medicina
> es ciencia por quien todas disposiciones
> del cuerpo se muestran ayna,
> de parte que sana o que enferma doctrina
> y enseña por senso y por claras razones
> que la sanidad se debe guardar,
> y como se guarda nos muestra cautela
> y de lo contrario se avisa y recela,
> diciendo que aquesto se debe apartar
> y como se aparte descubre y revela.

(ed. E. García del Real, Madrid, Cosano, p. 233).

tratamiento. La polémica cuestión del valor de la medicina se resuelve pues de modo casuístico. Fiel a la tendencia de su autor de evitar disquisiciones demasiado teóricas, el *Viaje* pretende demostrar implícita pero firmemente el provecho que resulta de la buena actividad médica. Por someterse a ella Sinán Bajá recupera la salud. Hacer caso omiso de ella le acarrea en cambio fatales consecuencias. La lección del *Viaje* es muy clara e ilustra una plena confianza en la utilidad de la buena medicina —«si a éste creyera nunca muriera». El autor del *Viaje* desmiente pues a Petrarca en su idea de que cualquier curación debe atribuirse directamente a la voluntad divina. Entre Dios y la enfermedad es decisivo el papel del coadjutor de natura.

La paulatina restauración de la medicina hipocrática ocurrida durante el período bajomedieval conllevó un interés creciente en el estudio de la filosofía natural. Ello era lógico, pues como sabemos el *ars medica* se basaba en un conocimiento profundo de las leyes físicas que gobiernan la mecánica del universo.[105] La estrecha relación que la medicina y la filosofía disfrutaron en el período clásico grecorromano volvía de la mano de los médicos renacentistas. Estos discutían cada vez más cuestiones de filosofía natural, pero tampoco les eran ajenas las de filosofía moral e incluso las de teología. Los celos profesionales que de ahí se derivaron tomaron cuerpo rápidamente en forma de disputa: teólogos y moralistas reaccionaron con fuerza contra estos neófitos que se atrevían a tratar de disciplinas hasta entonces reservadas a ellos. Pero los médicos contestaban haciendo alarde de unos conocimientos filosóficos que creían superiores a los de sus adversarios.[106] La polémica era ya de tal magnitud en el siglo XIII que

---

105 Galeno se propuso mejorar sustancialmente el status social del médico. Para dar la nobleza necesaria al oficio dio un énfasis al conocimiento filosófico que debería tener el médico, para alcanzar el cual juzgó necesario un período de estudio de al menos once años. (A. Castiglioni, *History of Medicine,* pp. 232-3).

106 Cf. Paul Oskar Kristeller, *Renaissance Concepts of Man* (Nueva York, Harper and Row, 1972), pp. 49 ss.

Pietro D'Abano (1250-1316), el insigne médico paduano, había intentado mediar en ella con su obra *Conciliator controversiarum quae inter philosophos et medicos versantur.* Pero más de dos siglos después la disputa continuaba, y Votoadiós nos da testimonio de ello con su increpación a Urdemalas: «Questión es muy antigua, principalmente en España, que tenéis los médicos contra nosotros los theólogos, quereros hazer que sabéis más philosophía y latín que nosotros» (p. 321). Se distinguen aquí dos aspectos: el linguístico y el filosófico. El conocimiento de latín y griego era necesario porque una recuperación del legado clásico requería la lectura crítica de sus textos en la lengua en que fueron escritos, de ahí el desarrollo notable de la filología entre los humanistas como Valla, Erasmo, Nebrija, etc. No menos necesaria la creían los médicos, y así Jorge Enríquez al comienzo mismo de su *Retrato del perfecto médico* destacaba el requisito de «ser gran latino y griego».[107] Para Urdemalas es un hecho que los médicos aventajan a los filósofos escolásticos en el conocimiento de las lenguas clásicas, pues es notorio que éstos saben poco de ellas: «latín y griego, por los cerros de Ubeda» (p. 323), comenta castizamente Urdemalas.

Pero la lengua es el medio con que se accede a la filosofía, y en ésta se halla el meollo de la polémica. Una vez más Petrarca se había encargado de avivar el fuego. En varias de sus cartas, quizá aun más mordaces que las *Invective,* Petrarca distingue entre médicos *fisici y chirurgi.* Pero sorprendentemente llama verdaderos médicos a los segundos. ¿La razón de ello? Los cirujanos saben mantenerse en el nivel propio de la medicina, que no es otro para Petrarca que el de un arte mecánico. Cumplen con su oficio manual como mejor saben y pueden, en vez de aventurarse en cuestiones de filosofía natural, como hacen indebidamente los médicos, asumiendo una condición de filósofos que no les corresponde. Petrarca condena sin paliativos la soberbia intelectual de esos *fisici* cuya

---

[107] Cit. por Morejón, III, p. 391. Recuérdese que, como se ha indicado más arriba, Vives atribuía la misma deficiencia a los árabes.

labor primaria, que es curar enfermos, parece haber sido abandonada en favor de especulaciones sobre el universo.[108] Ahora entendemos en su pleno contexto la importancia que Urdemalas concede a la división entre médicos y cirujanos. Además de una cuestión de prestigio profesional, la división afecta a la idea misma de medicina. Petrarca cuestiona la armazón filosófica sobre la que se había construído la *tekhne*, el *ars medica*, y no es de extrañar por tanto que toda apología médica la reivindique. Para Urdemalas, al revés que para Petrarca, los médicos son los verdaderos cirujanos porque sólo ellos poseen el conocimiento necesario e inherente al *ars*, sólo ellos conocen y entienden los principios del mundo físico. El *Viaje* insiste, pues, en la línea de Vives y Jorge Enríquez, en resaltar la importancia fundamental que los médicos conceden a la filosofía natural, pues en el dominio de ésta se basa su práctica.[109] Pero aun va más lejos que éstos al afirmar una indiscutida superioridad de los médicos en el conocimiento de la filosofía natural. De ésta, dice Urdemalas, Santo Tomás de Aquino y Duns Scoto no supieron «por cierto mucha, como por lo que escrivieron della consta» (p. 323). Y es que en opinión de nuestro autor los médicos buscan la verdad sustentada por la razón, al revés que los teólogos escolásticos, que se guían por un inadmisible principio de autoridad. Al contrario de lo que piensa Petrarca, el autor del *Viaje* atribuye a los médicos una preeminencia filosófica en virtud de su método filosófico:

> MATA. —¿Qué es la causa porque yo he oído deçir que los médicos son mejores philósofos que los theólogos?
>
> PEDRO. —Porque los theólogos siempre van atados tanto a Aristóteles, que les paresçe como si dixesen: El Evangelio

---

[108] *Seniles*, XII, 1, XV, 3 y XVI, 3. Las comenta Ugo Dotti en «Petrarca e la scienza», en *Letteratura e scienza nella storia della cultura italiana*, V. Branca ed. (Palermo: Manfredi, 1978) p. 348.

[109] Necesidad que recalca Vives: «ubi dogmata, et cognitio scholae philosophicae, et excultum ab ea judicium, experimenta non regit, casus est et temeritas medicina, non ars (*De causis*, V. *Opera omnia*, VI, p. 199).

> lo dize, y no vale irles contra lo que dixo Aristóteles, sin mirar si lleba camino, como si no hubiese dicho mil quentos de mentiras; mas los médicos siempre se van a viba quien vençe por saber la verdad. Quando Platón diçe mejor, refutan a Aristóteles; y quando Aristóteles, diçen libremente que Platón no supo lo que dixo. Deçid, por amor de mí, a un theólogo que Aristóteles en algún paso no sabe lo que diçe, y luego tomará piedras para tiraros; y si le preguntáis por qué es verdad esto, responderá con su gran simpleza y menos saber, que porque lo dixo Aristóteles. ¡Mirad, por amor de mí, qué philosofía pueden saber! (pp. 323-4).

El escenario formal de esa polémica a la que se refiere Mata lo constituía la discutida posición de la Medicina entre las Artes. La estricta división de Marciano Capella, aún popular en la Alta Edad Media, no deja lugar a la Medicina entre las artes del *trivium* o del *quadrivium*.[110] Más tarde Ugo di San Vittore procedió a una nueva clasificación de dos grupos de artes: las del *trivium* y *quadrivium* formaban conjuntamente las artes liberales.[111] La Medicina quedaba en el segundo grupo, de inferior categoría, constituido por las artes mecánicas tales como la caza, el comercio, la agricultura, etc. Esta es la clasificación adoptada por Petrarca en las *Invective*, quien se sirve de ella para insistir en el carácter mecánico más que intelectual de la medicina.[112] Pero el perfeccionamiento creciente de la práctica médica en la Baja Edad Media estimuló a los médicos a exigir una mejor consideración de su arte. Ya Arnau de

---

110 P. Laín Entralgo, *Historia de la medicina*, pp. 188-9. P. O. Kristeller escribe: «The rise of the universities also established philosophy, medicine, jurisprudence and theology as new and distinct subjects outside the liberal arts, and the latter were again reduced from the status of encyclopedia of secular knowledge they had held in the earlier Middle Ages to that of preliminary disciplines they had held originally in Antiquity («The Modern system of the Arts: a study in the History of Aesthetics», *Journal of the History of Ideas*, 12 (1951), 507.

111 *Libri septem eruditiones didascaliae*, II, 20.

112 *Invective*, p. 828.

Vilanova proponía colocarla en la cúspide de la cultura.[113] Laguna y Fernel, recogiendo una idea ya presente en la medicina árabe (la defendió el médico iraquí Ali Ben el Abbas en el siglo XI) recordaban que del arte de la medicina dependían de algún modo todas las demás Artes, pues la Medicina proporcionaba la salud necesaria a quien quisiera practicarlas.[114] Surgieron entonces nuevas definiciones de las Artes que intentaban acomodar el nuevo rango social e intelectual alcanzado por la Medicina. En el siglo XVI ya no sonaba extravagante ni pretencioso que Miguel Sabuco la colocara en la tríada de las «disciplinas literarias» o principales, al lado de la Teología y el Derecho.[115]

La cuestión se refleja en el *Viaje* de modo habitualmente poco sistemático, pero no por ello carente de importancia. El autor establece una curiosa relación entre Medicina y Teolo-

---

113 Prólogo a *Parábolas de meditación,* ed. E. García del Real, pp. 292-3. Salutati discute la cuestión al principio del *De nobilitate* y concluye que el Derecho supera en nobleza a todas las artes del *trivium* y el *quadrivium:* «Nam ut vera loquar, cederet legibus omne trivium omneque quadrivium, nec liberalium artium aliqua sibi prestare legibus, sicuti vos medicinam vestram facitis, arrogaret» (p. 4).

114 Alí Ben el Abbas escribía en la Introducción al *Maleki:* «La ciencia médica, siendo la más eminente de todas las ciencias, la más importante por su poder y sus peligros, la más útil de todas porque todas tienen necesidad de ella, he querido...» (Leclerc, I, 383). La misma idea en Luis de Toro: «venía a mi memoria aquello que yo había oído a mis mayores que no se encontrara en la vasta extensión de este mundo mortal ninguna ciencia más ilustre ni más noble que esta disciplina, ya se atienda a excelencia de sus profesores, ya a sus antigüedades, ya a la amplitud de sus conocimientos, ya a su perfección y a la dificultad de sus fines» (*De la fiebre,* p. 8). Cf. también L. Figard, *Jean Fernel,* p. 56.

115 Cf. E. Ortega y B. Marcos, *Francisco de Valles* (Madrid, Imprenta clásica española, 1914), p. XXV. Salutati basa la condición superior del Derecho en su nobleza, que le viene dada porque su objetivo es el bien y la virtud de la comunidad, mientras que la Medicina atañe sólo al bienestar físico de los individuos: «Quod omne bonum sit nobile es ratione que bonum, et quod moralis boni es et bonitate medicine prestantior» (*De nobilitate,* p. 200).

gía. Conviene aclarar que Urdemalas, con su criterio pragmático característico, se desentiende de la teología dogmática especulativa. La teología de que habla Urdemalas es es la teología moral, cuya finalidad es mejorar al comportamiento ético de la sociedad. Una de sus manifestaciones más importantes es la predicación, y nuestro autor usa indistintamente los términos «predicador» y «teólogo». Con la figura de Votoadiós, el autor ha encarnado satíricamente a un tipo de predicador representante de una escolástica degenerada que desconoce el Evangelio, que trata en sus sermones de distinciones teológicas sutiles ininteligibles a los fieles, y además carece de la retórica necesaria para persuadir con su doctrina.[116] Un tipo de predicador que según Urdemalas es por desgracia el más abundante en España. Considerando entonces este estado de cosas el autor establece una deficiencia notable en la teología escolástica: su método. Los teólogos, dice Urdemalas, soslayan indebidamente el uso de la experiencia. «Sola la mediçina diçen que tiene necesidad de experiençia; no hay facultad que, juntamente con las letras, no la tengan neçesidad, y más la Theología» (p. 247). Implícitamente pues, y sin mención expresa a la polémica sobre las Artes, el autor aprovecha la

---

116 En términos erasmistas, Urdemalas se muestra partidario de una teología basada en los Evangelios y los Padres de la Iglesia:

> PEDRO. —...todos los sermones que en España se tratan, que aquí está Mátalas Callando que no me dexará mentir, son tan escolásticos que otro en los púlpitos no oiréis sino Sancto Thomás dice esto. En la distinción 143, en la questión 26, en el artículo 62, en la responsión a tal réplica. Escoto tiene por opinión en tal y tal questión que no. Alexandro de Ales, Nicolao de Lira, Juanes Maioris, Gayetano, diçen lo otro y lo otro, que son cosas de que el vulgo gusta poco, y creo que menos los que más piensan que entienden.
>
> JUAN.—¿Pues qué querríais vos?
>
> PEDRO. —Que no se traxese allí otra doctrina sino el Evangelio, y un Chrisóstomo, Agustino, Ambrosio, Gerónimo, que sobrello escriben; y esotro dexásenlo * para los estudiantes quando oyen lectiones (p. 322).

* (en el original «déxanselo», sin duda por errata).

ocasión para pronunciarse entusiasmadamente por la preeminencia de la Medicina. Porque todas las facultades, incluida la Teología («scentiarium omnium regina», liderazgo medieval que Petrarca recordaba a los médicos [117]), debería según Urdemalas imitar a ese método que la Medicina ha hecho suyo. Hay aquí una ampliación interesante de las posibilidades de ese método. El método clínico de Hipócrates *(tribe meta logou)*, consistente en reunir observaciones de hechos, razonar sobre ellos y extraer finalmente conclusiones y principios teóricos, fue el que conformó la disciplina mental de las demás ciencias naturales e inspiró los fundamentos de la epistemología aristotélica.[118] En el Renacimiento Vives proponía el *methodus* galénico como modelo de equilibrio ideal entre teoría y práctica.[119] E*l Viaje* llega a demandar a la teología moral el uso del método experimental. En ello hay que ver la orientación médica del autor. Cuarenta años después de escribirse nuestra obra, el paduano Cesar Cremonini propone exactamente lo mismo en su *Tractatus de Paedia* (1596):

> Deinde non est solum haec experientia naturalis necessaria pro primis principiis comparandis, sed per totam prope modum scientiam est requisita: in moralibus eodem modo, in divinis etiam, requiritur enim et in ipsis experientia fere similiter, quoniam non nisi ex multa et negotiosa circa effectus animadversione ad causas illas abstractas ascendimus.[120]

La idea en efecto estaba en el ambiente, y en honor del *Viaje* hay que decir que los propios retóricos de la oratoria sagrada así llegaron a entenderlo. Quizá por los mismos años de redacción del *Viaje*, Fray Bartolomé de Carranza (1503-76) com-

---

117 *Invective*, p. 930.

118 Cf. F. H. Garrison, «Medicine as an Agency», en *Cantributions to the History of Medicine* (Nueva York: Hafner, 1966), pp. 19-20. William P. D. Wightman, *The Emergence of Scientific Medicine* (Edinburgo, Olivier y Boyd, 1971), pp. 39-44.

119 Cf. C. Noreña, *Vives*, p. 286.

120 Cit. por J. H. Randall, *The School of Padua and the Emergence of Modern Science* (Padua, Antenore, 1961), p. 64.

ponía unos apuntes prácticos sobre el arte de predicar. El enfoque de estos escritos es idéntico al sugerido por Urdemalas. Su autor reúne la experiencia de muchos años en forma de reglas y sugerencias al futuro predicador, a fin de que éste sea más eficiente en su labor. Es curioso que Carranza defina el arte de la oratoria con una analogía médica. En su primera advertencia se dice que Dios es el médico celestial; su palabra divina es medicina; el predicador es el boticario que, usando los medicamentos del Evangelio y los escritos de los Padres de la Iglesia, apareja la receta que proviene del Médico celestial.[121]

VII. Conclusión

La medicina es un tema esencial en el *Viaje de Turquía.* El autor ha construido una aventura novelesca en la que Urdemalas se convierte improvisadamente en médico. Nada sin embargo hay de casual en la elección de ese oficio. A través de su experiencia como médico, Urdemalas asume desde un principio una conducta de valor modélico. Teóricamente, como representante ejemplar de la renacida medicina hipocrática, su conocimiento y buen hacer se imponen a las formas degeneradas de la medicina árabe. La sátira de éstas halla así un eficaz contrapunto en el triunfo de la «verdadera medicina» de Urdemalas. En la práctica, como profesional que cumple satisfactoriamente la función social que le dictan su ética profesional y su religión. El autor aprovecha además el diálogo de los personajes. Los comentarios sobre la carrera médica del protagonista sirven al autor para establecer paralelismos con la realidad de la práctica médica en España, opinar sobre ella y finalmente demandar a las autoridades que sancionen sus propuestas y erradiquen los abusos por él denunciados. Contra

---

121 Félix G. de Olmedo en el prólogo a su edición de *Instrucción de Predicadores* de Francisco Terrones del Caño (Madrid, Clásicos Castellanos, 1942), p. CXLVI.

la literatura de tendencia antimédica, el autor busca resaltar la validez y utilidad del oficio de médico así como subrayar la preeminencia del método intelectual de la Medicina, todo lo cual redunda en una posición privilegiada de ésta entre las Artes.

El *Viaje* remite por todo ello a un autor con experiencia e interés sustanciales en las cuestiones médicas. En autores no versados en ella puede encontrarse el tratamiento ocasional de alguna de estas cuestiones, pero en ninguna se encontrará una discusión más completa sobre la teoría y la práctica de la medicina. Un repaso a la monumental obra de Morejón así nos lo confirma. Aun no siendo una obra estrictamente médica, y quizá precisamente por eso, el *Viaje* ocupa un lugar especial en la literatura médica del Renacimiento español. La novelización hace de Urdemalas, más que el retrato de un médico ideal y abstracto —y de éstos hay no pocos tratados en la época— la encarnación novelesca de un médico posible, cuyo pensamiento aparece siempre situado en circunstancias concretas y eventuales, en medio de incontables aventuras. Esto es de por sí una novedad literaria en la España de ese tiempo, sin antecedentes ni continuadores conocidos.

ANGEL DELGADO-GÓMEZ
The University of Notre Dame,
Indiana